



Patronato de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

La presente colección bibliográfica digital está sujeta a la legislación española sobre propiedad intelectual.

De acuerdo con lo establecido en la legislación vigente su utilización será exclusivamente con fines de estudio e investigación científica; en consecuencia, no podrán ser objeto de utilización colectiva ni lucrativa ni ser depositadas en centros públicos que las destinen a otros fines.

En las citas o referencias a los fondos incluidos en la investigación deberá mencionarse que los mismos proceden de la Biblioteca del Patronato de la Alhambra y Generalife y, además, hacer mención expresa del enlace permanente en Internet.

El investigador que utilice los citados fondos está obligado a hacer donación de un ejemplar a la Biblioteca del Patronato de la Alhambra y Generalife del estudio o trabajo de investigación realizado.

This bibliographic digital collection is subject to Spanish intellectual property Law. In accordance with current legislation, its use is solely for purposes of study and scientific research. Collective use, profit, and deposit of the materials in public centers intended for non-academic or study purposes is expressly prohibited.

Excerpts and references should be cited as being from the Library of the Patronato of the Alhambra and Generalife, and a stable URL should be included in the citation.

We kindly request that a copy of any publications resulting from said research be donated to the Library of the Patronato of the Alhambra and Generalife for the use of future students and researchers.

***Biblioteca del Patronato de la Alhambra y Generalife
C / Real de la Alhambra S/N . Edificio Nuevos Museos
18009 GRANADA (ESPAÑA)***

+ 34 958 02 79 45

biblioteca.pag@juntadeandalucia.es

A. DOLOTO

LE. ALIOS

LE. ALIOS

LE. ALIOS

LE. ALIOS

LE. ALIOS

A-3
5
21
B.P.A.G.

PC. Biblioteca de la Alhambra y Generalife
CONSERVACIÓN DE LA CULTURA



JUNTA DE ANDALUCÍA

SIETE AÑOS EN ÁFRICA.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

BIBLIOTECA DE
LA ALHAMBRA

Est. _____

A-3

Tabl. _____

4

N.º _____

21

Es propiedad de la BIBLIOTECA
DE INSTRUCCION Y RECREO. Queda
hecho el depósito que previene la
ley.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA



JUNTA DE ANDALUCÍA

R. 37

87.

BIBLIOTECA ECONÓMICA DE INSTRUCCION Y RECREO.

SIETE AÑOS EN ÁFRICA

AVENTURAS

DEL RENEGADO SOUSA

en Marruecos, Argelia, el Sahara, Nubia y Abisinia

R.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
POR
CONSEJERÍA DE CULTURA



JUNTA DE ANDALUCÍA. LLANOS Y ALCARAZ.

Donativo del Sr. Conde de
Romanones á la Biblioteca
de la Alhambra. 1909

MADRID

ADMINISTRACION
calle del Rubio, 25, segundo

LIBRERÍA DE CUESTA
||| calle de Carretas, núm. 9, bajo

PRÓLOGO.

Los periódicos alemanes dedican algunas líneas á la memoria del portugués Pedro Sousa, que ha muerto en Viena el día 14 de Agosto del año último. Las singulares aventuras de este viajero son completamente desconocidas. Una feliz coincidencia nos proporciona el medio de dar á conocer el «Diario» de Sousa, y lo publicamos convencidos de que el público leerá con gusto la narracion de los peligros y desdichas del viajero portugués, y los curiosísimos detalles que da acerca de un país tan próximo á Europa como poco explorado por los europeos.

CAPÍTULO PRIMERO.

Proyectos de Pedro Sousa.—De Viena á Algeciras.—Marrúecos.—El Serrallo.—El monte Abyla.—La casa del Renegado.—La cabeza por seis palabras.

Viena, 7 de Julio de 1859.

Me he levantado de buen humor. Al entrar en mi despacho he leído por milésima vez las tres palabras grabadas debajo del escudo de mi familia; *conocer lo desconocido*. Y en verdad, está bien aplicado el lema: mi bisabuelo murió al volver de su segundo viaje á la India; mi abuelo se heló buscando el camino del polo Sur, y mi padre ha muerto con la pena de no haber encontrado las fuentes del Nilo, á pesar de que las buscó cuatro veces.

¿Por qué no he de morir buscando alguna cosa en alguna parte? Hace muchos años que pienso hacer un viaje formal; hasta hoy conozco gran parte de Europa y algo de la Oceanía, pero mi atención está fija en Africa. La vida de un portugués vendiendo pieles detrás del mostrador de una tienda de Viena, podrá ser muy agradable, más no tanto como la existencia del que logra conocer hoy lo que ayer

desconocia, y espera conocer mañana lo que hoy desconoce.

Mister Anderson, mi amable sócio, podrá dirigir los asuntos de la casa durante mi ausencia, y nada se habrá perdido.

Cuestion resuelta: me voy al Africa; voy á recorrer esa vasta península, cuya superficie es tres veces mayor que la de Europa.

Adelante.

Viena, 8 de Julio.

Ayer tarde dije á mi querido Anderson:

—Mister, vuestra sangre inglesa puede permanecer tranquila debajo de este cielo alemán, pero mi sangre portuguesa es más impaciente y me pide otros aires.

—¿Adónde?, dijo mister Anderson con sencillez.

—Al Africa. Allí encontraré magníficas pieles.

—Ó dejareis la vuestra.

—Soy fatalista: creo que la muerte no nos espera en ninguna parte, porque va siempre con nosotros.

—¿Cuándo pensais volver?

—Dentro de dos años.

—Buen viaje.

Y terminado este diálogo hice la maleta.

Esta mañana he abrazado á mi sócio, he tomado asiento en un wagon y..... en este instante salgo para Venecia.

Venecia, 12 de Julio.

Me he detenido en esta hermosa ciudad, que deseaba ver despacio ántes de mi partida. Mañana saldré para España.

Algeciras, 30 de Julio.

Adios, Europa.

Céuta, 31 de Julio.

Héme ya en Africa. He presentado al gobernador de Céuta una carta de recomendacion que adquirí para él en Algeciras. Enterado de mis proyectos, el gobernador ha querido disuadirme de que los lleve á cabo, haciéndome una pintura poco tranquilizadora de las costumbres africanas. En vista de mi invariable resolucion me ha dado un intérprete que me conduzca hasta la línea del Serrallo. Mañana entraré en los dominios del emperador de Marruecos.

P. C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERIA DE CULTURA
Sierra-Bullones, 2 de Agosto.

Ayer me presenté en el Serrallo, acompañado del intérprete. Este, despues de darme algunos consejos útiles y de manifestar al jefe del puesto marroquí mi intencion de recorrer el Africa como simple viajero, volvió á Céuta.

Mi conocimiento de la lengua árabe, que yo consideraba profundo, sólo me ha servido para hacerme entender de los marroquíes y para entenderlos con dificultad. Muley-Ahmet, jefe de los moros de rey que guarnece la línea divisoria de España y Marruecos, me ha recibido con benevolencia, aunque sin ocultarme los peligros que me amenazan en mi excursion.

El Serrallo es un viejo caseron que nada tiene

de notable. Dos ó tres salones cubiertos con techo de tejas, un patio, algunas paredes derruidas y una torre cuadrada son los restos de lo que, al decir de los moros, fué suntuosísimo palacio. A corta distancia de la puerta de este edificio, alza sus muros una mezquita pequeña y miserable. Detrás, las vertientes de Sierra-Bullones, cuajadas de maleza y arbollado, presentan un aspecto salvaje y triste.

Muley-Ahmet me invitó á pasar la noche en una habitacion del Serrallo, pero yo preferí dormir en una humilde casa levantada en la cima del extremo septentrional del monte Abyla. Esta casa, llamada del Renegado, fué construida por un español, cuya historia, segun me dijeron, es la siguiente:

Hijo de San Roque, pueblo inmediato á Gibraltar, Manuel Alvarez, labrador, estaba enamorado de una jóven prometida de otro. Habiendo perdido la esperanza de poseer á su adorada, los celos armaron su mano, buscó á su rival y le hirió de muerte. Al crimen sucedió la fuga, y Manuel buscó en Africa amparo contra la justicia, pero su mala fortuna le hizo caer en poder de la feroz kaliba de Anghera que le obligó á adoptar la religion musulmana.

Manuel vivió tristemente algunos años entre los marroquíes, y construyó su casa en la parte más elevada del monte Abyla para contemplar hasta sus últimos momentos las playas que le vieron nacer y de las cuales el destino le habia alejado para siempre.

Muerto el infeliz renegado, la casa conservó su nombre y la kabila su historia.

En esta casa he pasado la noche. Acaba de ama-

necer, y desde la altura en que me encuentro se ofrece á mis ojos un magnífico espectáculo. A mi espalda, la sierra con su manto azul, terroso y verde oscuro. Al frente, el Mediterráneo, Céuta con su triple línea de obras de fortificación dominadas por el monte Hacho, y los derruidos murallones de Céuta la antigua. A la izquierda las costas de España, el Peñon de Gibraltar, la bandera inglesa en la punta de Europa, y el Estrecho, surcado por multitud de buques. A la derecha, la costa de Africa, monte Negrón, cabo Negro, y un sol deslumbrador que aparece en el horizonte derramando una lluvia de oro, de zafir y de rosa sobre las aguas, sobre los campos y bajo los cielos.

Magnífico día. Cierro mi libro de memorias y me despido del monte Abyla y de la casa del Renegado. Muley-Ahmet debe haber pensado en mi desayuno.

Tetuan, 11 de Agosto.

Hasta hoy no he vuelto á abrir mi Diario. Emociones demasiado fuertes me han impedido hacerlo. El día 2, cuando dejé la casa del Renegado para ir en busca de Muley-Ahmet, creí observar que mi guía equivocaba el camino; se lo indiqué, y no obtuve respuesta. Continuamos descendiendo por la falda del monte Abyla, y ya cerca de la Peña de los Españoles, mi guía dió un grito particular que fué contestado por otros semejantes; aparecieron cuatro moros; me rodearon; mostráronme sus gumias, profiriendo insultos y amenazas, y me empujaron tierra adentro hasta llegar al aduar de Benzú. Nuevos moros apare-

cieron y entablóse entre todos un altercado que me llenó de terror. Tratábase de robarme, para lo cual existía comun acuerdo; pero unos querian borrar con mi muerte las huellas de su crimen y otros manifestaban algun temor á la justicia que pudiera hacer Muley-Ahmet. Comprendí que, hallándome en manos de kabilas, para nada podia contar con el influjo de ningun sentimiento humanitario. Por fin, como sucede casi siempre entre los marroquíes, triunfó el parecer de los más belicosos y fuí condenado á muerte. En un instante quedé completamente desnudo, y cada moro tomó su parte de botin. Tornaron á brillar las gumias; caí de rodillas, y en medio del pavor que me infundia mi situacion, no pude ménos de exclamar amargamente: «¿Para esto he venido á Africa?» Tal idea transformó mi abatimiento en un poderoso deseo de vivir: lo olvidé todo para no pensar más que en la manera de salvarme; detuve los brazos de mis verdugos, y dije: *Alah naed Alahu, Mohamed nabi Alah* (1).

La escena cambió completamente al influjo de estas mágicas palabras. Despues de haberme robado, la muerte de un cristiano podia ser agradable á mis enemigos, pero no la muerte de un moro; y yo acababa de abjurar mi religion para consagrarme al servicio de Mahoma. Perdóneme Dios esta falta cometida por el instinto de conservacion, que nos es propio, pero en la que mi alma ni mi fe tomaron parte alguna.

Los brazos se detuvieron; las gumias tornaron á

(1) Dios es Dios, Mahoma es su profeta.

la vaina, una *chilaba* (1) cubrió mis hombros y las manos de los kabilas estrecharon la mia. Fuí llevado casi en triunfo á los aduanes inmediatos á la Atalaya, el boquete de Anghera y el Biut, donde pasé la noche despues de haber conseguido rescatar mi Diario, mis lápices y mi cortaplumas.

Al dia siguiente tuve que sufrir las pruebas de mi nueva religion, pruebas que renunció á describir, y con mi *haike* (2), mi *chechia* (3) y unas viejas babuchas, regalo todo de mis aprehensores, quedé convertido en un marroquí, salvas algunas notables diferencias.

Aunque ya podia considerarme libre, no pude excusar la solícita compañía de dos moros que, bajo pretexto de guiarme, me vigilaban y me vigilan hasta el punto de hacer imposible mi fuga.

Uno de los jefes de el Biut dió orden de que se me facilitáran alimentos entre los kabilas, y asegurada mi manutencion con este rasgo de generosidad, y mi vida con el traje musulman, dejéme guiar por mis nuevos compañeros, y volví á soñar con la posibilidad de recorrer el Africa.

Hoy he entrado en Tetuan, despues de dos dias de marcha por la playa, pasando por Tabacar, Medik y Keleli um.

(1) Especie de bata que llevan los marroquies ceñida á la cintura con faja ó correa.

(2) Manto que usan los moros: los hay con mangas y capucha, y sin ambas cosas.

(3) Casquete á cuyo alrededor se lia el turbante.

CAPÍTULO II.

Tetuan.—Los moros.—Los judíos.—Mohamed, el poeta.—Una cacería al pié del pequeño Atlas.— Un puerco-espín cazado por una pantera, y una pantera cazada por un hombre.

Tetuan, 25 de Agosto.

Recostada en la falda de Sierra-Bermeja, dominando el río Jelú, entre campos de naranjos y prados de enredaderas, la blanca Tetuaen (Tetuan), la virgen de los marroquíes, estiendo sus casas, sus torres y sus palacios, que parecen una bandada de palomas medio ocultas por el follaje de un vergel.

Tetuan, desde la playa, es una ciudad de las *Mil y una noches*: el sol y la bruma dan á su aspecto proporciones sumamente fantásticas; la alcazaba parece un castillo encantado; los minarettes, torres de diamantes; los vidrios, limpidas estrellas; los muros, mármol; la campiña, manto de topacio y esmeralda: el conjunto, una morada de ángeles en un delicioso paraíso.

Acercándose poco á poco desaparece la magia. Dentro de la ciudad, la ilusión se convierte en una realidad poco grata: las calles son súcias, los edificios son pobres, y sólo impresiona el carácter especial de la arquitectura, el ambiente que se respira, y otros

detalles que distinguen á las poblaciones habitadas y construidas por musulmanes.

He hablado del ambiente, y aunque parezca extraño, en todo sitio en que hay moros se nota algo singular que llena la atmósfera y que impregna todos los objetos de cierto leve perfume que no es desagradable. Una faja, un cordon, un frasco de pólvora que haya estado entre los moros algun tiempo conserva ese aroma que pudiera llamarse *olor á moro*.

La campiña de Tetuan posee una vegetacion lozana y vigorosa: altos y frondosos naranjos, almendros, higueras, enormes nopales, huertas donde crecen y se reproducen de modo fabuloso multitud de flores, cereales y legumbres rodean y ocultan un centenar de caseríos habitados por la gente rica de la poblacion.

Las casas de la gente pobre de la ciudad son iguales casi todas, hasta el punto de que es difícil distinguirlas, tanto por la fachada como por el interior. La puerta de entrada es de madera adornada con gruesos clavos y un llamador en forma de heradura. Sobre la puerta hay una, dos ó tres ventanas pequeñas. Detrás de la puerta, lo primero que se ve es un saco de yeso; un cubo con agua y una escoba, con lo cual blanquea el dueño constantemente las paredes de su casa, incluso el terrado y las escaleras. Un mezquino pátio da entrada á cuatro habitaciones en el piso bajo y á otras cuatro en el principal, todas casi idénticas, y de las que una se destina para despensa, otra para alcoba, otra para cocina ó cuadra y otra para sala. La despensa suele contener las provisiones para todo el año, consistentes en un saco de

arroz, otro de maiz, otro de *kouskous*, otro de patatas, un monton de naranjas y otro de cebollas. En la alcoba, sobre una tarima de medio metro de altura hay algunas esteras, que son las camas. La cocina tiene un mal fogon ú hornillo y cuatro súcios cacharros que sirven para todo. En la sala varias esteras y un gran arcon de madera tallada y pintada componen el mueblaje. Las armas, los rosarios, la ropa y el dinero, es decir, todo lo que más estima el moro, ó está en la alcoba ó está escondido en algun chiribitil.

Las casas de los moros ricos participan de la misma arquitectura; pero en lugar de yeso hay mármol, caoba en vez de pino, columnas, fuentecillas, artesonados de alerce, alfombras, relojes y muebles europeos. El moro rico guarda sus mujeres en un rincon de su casa, impenetrable para los estraños; y en otro rincon esconde sus riquezas, piezas de lienzos finos, sedas y damascos, armas primorosas, vajilla inglesa, alhajas y amuletos.

Sea porque los moros forman la poblacion más rica de las ciudades de Marruecos, sea por otras causas, son los más astutos, falsos y desconfiados de todos los habitantes del imperio.

Las casas de los judíos, aunque obedeciendo en su arquitectura al sistema de las casas moras, varian algo en su interior; pues muchas tienen una fuente detrás de la puerta, y el patio; las columnas y las paredes están cubiertas de pequeños azulejos de caprichosas formas y variados colores, que se fabrican en Inglaterra exclusivamente para los edificios moros. En estas casas viven dos, tres ó cuatro familias judías que duermen en otras tantas habitaciones; y

guisan, comen y lavan en un patio comun á todas.

Al entrar en la casa de un moro no se oye nada; hay un silencio que parece advertir al visitante lo importuno de su presencia. Pero al entrar en la casa de un judío se nota una animacion particular; una mujer borda, otra cose, ésta guisa, aquella lava; una niña saca agua de la fuente, otra duerme al Benjamin de la familia, arrullándole con una cancion andaluza; y al ver entrar á un desconocido todas se levantan, todas acuden á saludarle en español, en hebreo, en árabe, en francés; y todas le presentan, para que compre algo, brazaletes, sortijas, collares de coral y monedas de plata, fajas de seda, trajes bordados de oro, telas, zapatillas y otros mil objetos, incluso cuanto llevan puesto.

El judío de Tetuan es lo mismo que el judío de Tánger, lo mismo que el de Gibraltar, lo mismo que el judío de todas partes. Allí donde haya un hombre formado por el repugnante consorcio de un espíritu mercantil, un alma baja, un corazon mezquino, un semblante hipócrita y una ruin inteligencia, allí habrá un judío. El de Tetuan usa, con corta diferencia, el traje de sus compatriotas de otros países; birrete chato, corbata negra y retorcida, chaleco de cutí piqueteado con trencilla y abrochado de arriba á bajo con infinidad de botones, chaqueta corta y ceñida, pantalon de paño ancho por las caderas y por los muslos, sujeto por una pretina á la cintura y con un broche por debajo de las rodillas; y por último, medias largas y anchas y babuchas morunas. Algunos llevan una especie de saco bastante largo, sujeto con una faja á la cintura.

El judío en Africa vive esplotando al moro; el moro paga y mira al judío con el más soberano desprecio, dignándose apenas llamarle *ben-djifa* (1). Cuando un moro se cree engañado por un judío y no puede tomar inmediata venganza, le dice enseñándole el puño: «*Tus dientes se clavarán en el reverso de tu mano el día del juicio final* (2)».

Después de haber recorrido á Tetuan desde la alcazaba hasta la Judería, y desde el cementerio hebreo hasta el camino de la Aduana, uno de mis guías me condujo á la casa de su hermano. Al entrar me detuvo, me hizo un gesto y dijo con cierta solemnidad: «mi hermano es poeta».

Entramos; Mohamed se levantó, vino á nuestro encuentro, abrazó á su hermano y me saludó poniéndose sobre el pecho la mano derecha. Desde aquel instante simpatiqué con Mohamed, y á pesar de la reserva y la desconfianza, que son tan propias del carácter moro, hablamos largamente con la franqueza y el buen humor de dos antiguos camaradas. Recitóme algunas de sus poesías, y yo traduje dos, una en prosa y otra en verso, lo cual halagó sobremanera el amor propio de Mohamed.

He aquí ambas traducciones:

«*La palmera de Abu-beker.*

»Alta, muy alta, gallarda, muy gallarda. hermosa, muy hermosa era la palmera de Abu-beker.

(1) Voz equivalente á *hijo de cadáver corrompido de animal.*

(2) Castigo reservado á los judíos, según el Koran.

»Con sus hojas tejía graciosos collares para la
»garganta de Azelma; con su fruto apagaba el ham-
»bre y la sed; á su tronco ataba las bridas del potro
»berberisco. La palmera era el consuelo de Abu-be-
»ker; la gloria de sus ojos, despues de Azelma; el
»alimento de su orgullo, despues del potro berbe-
»risco.

»Alta, muy alta, gallarda, muy gallarda, her-
»mosa, muy hermosa era la palmera de Abu-beker.

»Un dia, infausto dia, vinieron los árabes, los
»malditos ladrones que Alah ha criado para castigo
»de los fieles. Abu-beker es bravo, su yatagan tiene
»buen filo, su espingarda tiene buen cañon; pero
»ellos eran muchos y él era sólo. Abu-beker montó
»en el potro y huyó con Azelma, dejando abandona-
»das su palmera y su choza. Los árabes corrieron de-
»trás de Abu-beker; pero el potro berberisco corria
»más que los caballos de los hijos del desierto. Y los
»malditos ladrones, viendo que el potro corria, cor-
»ria, volaba, volaba, tornaron á la choza, y la que-
»maron, y quemaron la palmera, aquella palmera que
»era la gloria de los ojos de Abu-beker, despues de
»Azelma; el alimento de su orgullo, despues del potro
»berberisco.

»Se fueron los árabes, y Abu-beker volvió; pero
»ya no estaba su choza, ya no daba hojas ni fruto su
»palmera, ya no podia apagar la sed y el hambre,
»ya no podia tejer graciosos collares para la garganta
»de su amada, ni atar las bridas de su potro al triste
»cadáver del árbol del Señor.

»¿Qué hará Abu-beker? ¿Qué hará sin su consuelo?
»Llorar, llorar en el regazo de Azelma.

»Alta, muy alta, gallarda, muy gallarda, hermosa, muy hermosa era la palmera de Abu-beker.

«Tu cántaro y mis lágrimas.

»Por agua vas á la fuente,
»no más á la fuente vayas,
»que para llenar tu cántaro
»te sobrar  con mis lágrimas.

»Lágrimas que de mis ojos
»la negra fortuna arranca,
»desde que te v  una tarde
»yendo   la fuente por agua.

»Agua para mí maldita,
»tarde para mí menguada:
»¡malhayan cántaro y fuente,
»y mis lágrimas malhayan!»

—Señor, me dijo Mohamed despues de leerme sus composiciones, te quedarás en esta casa y vivirás con nosotros.

—Agradezco y acepto tus ofertas, le contest .

—¿Eres cazador?

—Sí; tengo gran aficion   las liebres y   los venados.

—No se trata de eso.

—¿De un jabalí, quizá?

—Un poco más: de una pantera. Nuestro hermano menor, que tiene sus ganados al pié del pequeño Atlas, ha venido á suplicarnos que le ayudemos en una batida contra cierta pantera que le ha comido ya cuatro carneros. ¿Quieres venir?

—Iré; aunque hay alguna diferencia entre cazar venados y.....

—No lo creas: la pantera es un animal inofensivo.

—¿Inofensivo?

—Sí; ni acomete al hombre ni se atreve á robar á cara descubierta. Es una fiera cobarde, tan cobarde, que hay que acorralarla entre muchos para que no huya.

—Mucho me sorprenden tus palabras; yo creí que la pantera podía ser temible.

—¿Sabes lo que dice de ella la tradicion árabe?

—No.

—Pues escucha: «En la época en que los animales
 »hablaban, una banda de veinte leones, que venia del
 »desierto, se presentó á la entrada de una selva ha-
 »bitada por gran número de panteras. Estas enviaron
 »á los forasteros un representante, que volvió mani-
 »festando la resolucion definitiva de los leones, á
 »saber: que conviniendo á sus intereses la posesion de
 »la selva, estaban decididos á ocuparla, quedandó las
 »panteras en libertad de defenderse ó de abandonar
 »el campo, segun fuese su gusto. Las señoras pante-
 »ras, indignadas, como era natural, respondieron que
 »ántes que abandonar lo que les pertenecia, sucum-
 »birian todas como valientes. Y cuenta la tradicion,
 »que cuando las panteras se preparaban á sostener
 »una lucha heróica, un sólo rugido, dado á la vez
 »por los veinte leones, las puso en precipitada y ver-
 »gonzosa fuga. Desde aquella época la pantera huye
 »del leon en todas partes, y ha perdido completa-
 »mente la fuerza moral, tanto para el hombre, como
 »para las fieras de alguna importancia.»

—Admito la tradicion, dije sonriendo ; pero no me negarás que ese animal inofensivo pone en cuidado á tu hermano y le arrebatara sus carneros.

—Sí, replicó Mohamed; la pantera tiene hermosas garras y magníficos dientes , pero es demasiado tímida; y aun que á veces ataca al chacal y al jabalí, casi siempre se contenta con una perdiz, con un carnero ó con una liebre.

—Pues bien, iré á verla con mis propios ojos.

Quedó arreglada la partida para el dia siguiente. Despues de una modesta colacion , en la que no escaseaba el indispensable kous-kous nos acostamos, dejando las armas dispuestas.

Eran las siete de la mañana cuando llegamos al aduar del hermano de Mohamed. Ocho cazadores, armados todos de carabinas, nos esperaban , y partimos inmediatamente hácia el sitio en que debia darse la batida.

—¿Por qué buscamos á la pantera en pleno dia?, pregunté á Mohamed; ¿no es por la noche cuando debe atacársela?

—No, me respondió; la pantera, si alguna vez hace frente al hombre, es de dia; por la noche huye siempre, y es muy difícil conseguir que se ponga á tiro.

Ibamos á llegar al punto en que los cazadores pensaban dar principio á la batida , cuando el que marchaba delante se detuvo, hizo una seña y permaneció inmóvil.

—¿Qué pasa?, pregunté.

—Que está ahí la pantera.

No negaré que la noticia de la proximidad del enemigo me causó alguna impresion. Para los que

sólo hemos visto á ciertos animales detrás de los hierros de una jáula, su encuentro en campo raso impresiona bastante.

A otra señal del primer cazador, todos nos ocultamos detrás de unos árboles. Un minuto despues, como á cuarenta pasos de nosotros, apareció la pantera. Era muy hermosa, y tan grande como una leona de dos años, que es la mayor magnitud de los individuos de su raza en toda el Africa. Avanzaba paso á paso, con suma precaucion, fija la vista en un objeto que se movia junto á una piedra. Observando el objeto vimos que era un puerco-espín, animal perseguido por la pantera con terrible encarnizamiento. El puerco-espín, cubierto de puas largas, fuertes y agudas, no tiene más punto vulnerable que la cabeza; ésta es muy pequeña, y apénas se oye el menor ruido, queda oculta bajo la coraza de puas que se erizan y presentan un escudo impenetrable. Mas la paciencia y la astucia de la pantera, comparables sólo á las del gato, triunfan de estos inconvenientes, porque acechando á su víctima dias enteros, aguarda la ocasion, y con la rapidez del rayo arranca de un golpe la cabeza del puerco-espín ántes de que éste haya visto á su enemigo. Tal fué el espectáculo que presenciarnos, despues de diez minutos de acecho, pero la historia del puerco-espín tuvo su epílogo: al mismo tiempo que la pantera daba el golpe de muerte á su presa, sonó un tiro, y la bala de la carabina de Mohamed penetró en la frente de la fiera cazadora que cayó para no levantarse más.

—Ya no comerás mis carneros, dijo filosóficamente el hermano menor de Mohamed.

Recogimos el cadáver y tornamos al aduar. Todos felicitaron á Mohamed por su buena puntería, y entónces supe que mi nuevo amigo era el primer tirador de la comarca.

Pregunté á los cazadores si no empleaban otros medios para cazar la pantera, y me esplicaron el siguiente, que es muy usado y de éxito muy seguro.

Quando la pantera arrebatá un carnero de un aduar, despues de satisfacer su apetito, cuelga los restos de su presa entre dos de las últimas ramas del árbol más alto y más frondoso que hay cerca de su guarida, pues este es el único medio de evitar la voracidad de las hienas y los chacaes que andan siempre á caza de gangas. Hallado el árbol en cuestion, lo cual no es difícil si se observan las operaciones de la pantera en los dias siguientes al en que se haya verificado el robo, se colocan á su inmediacion algunos trozos pequeños de carnero, renovando el cebo á medida que va siendo consumido por la fiera ladrona. Quando ésta adquiere la confianza de la impunidad, ó sea quando ya se ha regalado con algunos pedazos de su carne favorita, se pone en el mismo sitio un trozo que no exceda del tamaño del puño de un hombre, se le atraviesa con varios hilos cuyos cabos están sujetos al fiador de otros tantos fusiles, y éstos, montados y apuntados en direccion del cebo, se atan fuertemente á piquetes clavados en tierra; cúbrese todo con ramas y piedras dejando fuera el trozo de carne, y el cazador puede esperar tranquilamente dentro de su choza, seguro de oír durante la próxima noche la detonacion

producida por su batería, que será el anuncio de la muerte de la pantera.

Pero los buenos cazadores desdeñan este medio y prefieren la bala.

Llegados al aduar, el hermano menor de Mohamed nos invitó á pasar algunos dias en su compañía. Aceptamos, y hasta hoy no hemos vuelto á Tetuan.

Son las ocho de la noche, y cierro este libro mal llamado Diario, al mismo tiempo que la voz del *muezin* (sacerdote) llama á los fieles á la oracion, desde lo alto de la torre de la mezquita principal.



JUNTA DE ANDALUCIA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

CAPÍTULO III.

La guerra.—Ejército marroquí.—Amazirgas y schelloks.—Ben-Ahuda.—Un juego de fantasía.

Tetuan, 12 de Setiembre.

Un acontecimiento inesperado viene á sacar á los marroquíes de su habitual indolencia y me hace concebir esperanzas de realizar mi evasión. Háblase mucho de una inmediata guerra entre España y Marruecos. Los moros se agitan, y comentan las abultadas noticias que llegan del Serrallo. Parece que las tropas españolas han atacado á los de Anghera. Todo marroquí prepara sus armas, y los morabitos (1) exaltan los cerebros de los creyentes maldiciendo á los perros cristianos.

Es admirable el carácter musulman: durante la paz sólo se ven por todas partes hombres desocupados, indiferentes, frios, sentados en la calle, recostados junto á una puerta, bebiendo café, fumando ópico en largas pipas, haciéndolo todo con negligencia, mirándolo todo con ojos perezosos, sin animacion en las acciones, sin calor en la palabra, sin brio en los ademanes, sin fuego en la pupila, como sombras,

(1) Hombres inspirados, á quienes Dios se revela.

como espectros, como cadáveres galvanizados. Pero se pronuncia la palabra «guerra»; se habla de combates; se aspira el humo de la pólvora, y esas fantasmas vivientes se trasforman cual si fuesen movidas por mágico resorte: ya no hay pereza, ya no hay frialdad; los encogidos cuerpos se irguen con fiero ademan; se mueven con guerrero continente; muestran con arrogancia su poderosa estatura: los ojos brillan y despiden relámpagos de audacia y de energía: se crispan las manos buscando el mango del cuchillo y la culata de la pistola: despierta la serpiente; ruje el tigre; el león sacude la melena. Y cada hombre de aquellos que parecian cadáveres, es un soldado activo, un jinete infatigable, un tirador certero, un enemigo temible, un bravo, un héroe.

Esta mañana me ha dicho Mohamed:

—Amigo, se acerca la hora de combatir. Los españoles nos atacan. Hoy he visto acercarse á la barra del Jelú un *skof-al-nar* (1) con bandera roja y amarilla. ¿Estás dispuesto á seguirnos?

—Lo estoy.

—Yo seré jefe de una centuria, porque los parientes que tengo al inmediato servicio del emperador quieren que me distinga en la guerra.

—¿Tienes parientes en la córte?

—Sí; tengo dos: uno es *Mula-tai* (2), y el otro es el *Mul-el-Mechuar* (3).

(1) Buque de fuego: nombre que dan los moros á los buques de vapor.

(2) Maestre del té: que gusta los alimentos que se sirven al emperador.

(3) Introdutor de embajadores.

—¿Y crees que las tropas del emperador podrán resistir á los españoles?

—¡Oh!, dijo Mohamed sonriendo con orgullo, el moro tiene buena espingarda, tiene buen ojo, corazon valiente y pulso seguro. Y la caballería del emperador es tan numerosa como las arenas de la mar.

Esta poética exageracion no pudo convencerme, porque lo que sabia acerca de los marroquíes y lo que ahora veo, me demuestra el lamentable error en que se halla Mohamed respecto del ejército de su país.

Aunque la poblacion del imperio de Marruecos asciende á nueve millones de habitantes, en su mayor parte gente batalladora, dificilmente puede reunir el emperador un ejército de 50.000 hombres. La autoridad imperial es reconocida por casi todos los marroquíes; bien que algunas tribus le niegan obediencia en ciertas ocasiones; además, el prestigio religioso de los *scherifes* y el fanatismo de las masas contribuyen á facilitar la pronta reunion de numerosos ejércitos; pero éstos se disuelven á los poco dias, tanto por la falta de orden, administracion, recursos y disciplina, como por el carácter díscolo é independiente de las tribus voluntarias.

Como verdadero ejército regular, sólo pueden considerarse las tropas de nueva ordenanza, *El Magzén* y *El Nizam*, y la caballería de los *Abid-El-Bojari*.

El Magzén ó sean los *Magazenis*, llamados comunemente moros de rey, forman una milicia localizada, compuesta de determinadas familias, en las que todos los varones son soldados. El Estado les da sueldo y tierras; les exime de contribuciones; les gratifica al entrar en campaña, y les proporciona algunos servi-

cios un tanto lucrativos. Su fuerza asciende á unos 27.000 hombres, mitad infantes, mitad jinetes, armados de espingardas, gumías y pistolas. Residen con preferencia en las grandes ciudades, y obedecen las órdenes de los bajás y caides.

El Nizam, especie de tropa organizada á la europea, con armamento inglés y jefes renegados, apénas consta de 2.000 hombres de infantería y 2.000 de artillería, que tienen á su cargo gran numero de cañones.

Los *Bojaris* son en su mayor parte negros; forman la guardia del emperador; usan espingarda con bayoneta, sable-gumía, puñal y pistolas, y ascienden á unos 16.000 hombres. Residen ordinariamente en Mequinez y disfrutan sueldo del Estado y terrenos de propiedad vitalicia.

Las tropas irregulares son constituidas por *El Gum*, contingente de guerreros de cada kabila ó ciudad tiene obligacion de llevar á toda empresa que intente el emperador. Esta contribucion de sangre se gradúa á razon de uno ó más hombres por cada casa ó choza, y para hacerlo efectivo están inscritos en un registro todos los varones aptos para pelear, desde los 16 hasta los 60 años. Entre las tropas irregulares son famosas por su espíritu belicoso las kabilas de *Anghera*, el *Riff*, *Uad-Ras* y *Dyebel-Habib*.

El ejército regular se divide en centurias mandadas por el *caid-el-mia* (cabo de ciento); y cada centuria se subdivide en cuatro fracciones iguales al mando de cuatro *mokaddem* (Jefe subalterno). Desde cinco centurias en adelante, los cuerpos de tropas están mandados por el *caid-el-elf* (Jefe superior).

Cada grupo de 25 hombres tiene un estandarte.

Si al reunirse un ejército no lo dirige el emperador, coloca en su lugar al individuo de su familia que le merece mayor confianza, y los bajás conducen las fuerzas correspondientes á sus provincias.

Separando los 300.000 judíos que hay en Marruecos, el resto de la población se compone de moros, árabes, y bereberes que se dividen en amazirgas y schelloks.

Los moros, que desempeñan los primeros empleos, son los más obedientes, pero son los ménos.

Con los árabes y bereberes nunca puede contar el emperador de un modo seguro.

Los árabes son esencialmente pastores, viven en tiendas, cambian de domicilio muy á menudo para evitar el despotismo del gobierno, y pagan tarde y mal un impuesto territorial, cumpliendo lo peor que pueden el deber en que se hallan de suministrar á las tropas que pasan por sus aduanas, trigo, carne, miel y manteca. Todo lo cual no impide que sean tan valientes contra los enemigos del emperador como hospitalarios con todo el que no les obliga á serlo.

Los amazirgas, que pueblan el Riff y la region del Atlas hasta Taflet, son bravos, díscolos, orgullosos, astutos é independientes; infatigables en la carrera, y tan aficionados á la caza como á los bienes del prójimo. Viven retirados en parajes inaccesibles; no cultivan más que lo precisamente necesario, con tal de pagar ménos contribucion, y comercian con sus ganados y con la miel de abejas.

Los schelloks, que habitan en los magníficos valles y ásperas montañas de las cadenas meridionales del Atlas, son los mayores ladrones y asesinos del

mundo. Fieros, robustos, despreciando el frío y la nieve lo mismo que las leyes y las tropas del gobierno, apenas obedecen al emperador; saquean las poblaciones, y cuando son atacados combaten á pié, con arma blanca, y no se rinden nunca.

Con tales elementos no es posible mantener bien organizado un ejército numeroso. La experiencia ha demostrado que cuando un amazirga ó un schellok acude á la guerra, se bate cuando quiere y como quiere, hace fuego mientras tiene pólvora, y no abandona la peña ó el árbol que le sirve de parapeto hasta que le faltan las municiones ó le acometen las bayonetas enemigas.

Con motivo de las noticias belicosas, el pacífico aspecto de Tetuan ha cambiado completamente. Los armeros trabajan sin descanso; entran y salen, van y vienen multitud de moros; y ayer, al pasar por la calle del Molino, en la Judería, oí decir con acento de admiración:

—Ha llegado Ben-Ahuda.

—¿Quién es Ben-Ahuda?, pregunté.

—¿No lo sabes? Ben-Ahuda es un héroe, es el consuelo del desvalido, es la esperanza del imperio. Con Ben-Ahuda y sus dos mil jinetes, no tememos al español, porque Alah protege al bueno y la muerte respeta al bravo.

—Cuéntame algo de Ben-Ahuda.

—Era pobre, y sólo por su mérito llegó á ser *mah-teceb* (1). Sus prendas y su trabajo le enriquecieron

(1) Comisario de policía que vigila los mercados, tasa el pan y la carne, instruye sumarias, y señala castigos.

y el emperador le nombró *Mul'm Kahala* (1). Ya poderoso, fué nombrado *Caid-el-elf*, y desde entónces ha empezado á repartir sus rentas entre los pobres. Todos los dias, despues de la oracion de la mañana, reúne á sus puertas un centenar de mendigos y les socorre diciendo: «Los que den limosna noche y dia »en público ó en secreto, serán recompensados por »Dios, no conocerán el temor ni serán afligidos.— »Si alguno os tiende la mano, llenádsela: Dios lo »cuenta todo.» (2)

Pero sus cualidades guerreras valen más que su corazon: es el primer brazo del ejército: la espada esgrimida por su mano es el huracan de la muerte: cuando oprime con sus rodillas los costados de un corcel árabe sin freno ni *chabir* (3); puede dar al mejor jinete una ventaja de dos tiros de espingarda. Además, es tres veces *adjí* (4). Sal, sal al camino de Tánger y verás á Ben-Ahuda y sus soldados.

Salí, en efecto, al camino de Tánger y ví á los soldados de Ben-Ahuda que limpiaban sus armas, arreglaban las monturas de sus caballos, ó fumaban tendidos sobre la yerba; pero su jefe no estaba allí. Iba á retirarme, cuando me llamó la atencion un grupo de moros y kabilas que contemplaban con extremo interés á dos amazirgas. Acerquéme y ví que

(1) *Maestre del fusil*, que lleva las armas del emperador.

(2) Versiculos del Koran.

(3) Espuela larga y aguda que usan los árabes.

(4) Nombre que se dá á los peregrinos que han estado en la Meca.

se efectuaba un juego de los llamados de *fantasia* por los árabes. De estos juegos hay gran variedad: en unos figura la pólvora como principal agente, en otros la ligereza de piernas, la habilidad para alcanzar objetos del suelo pasando junto á ellos sobre un caballo á galope, y otros muchos ejercicios de fuerza y destreza; pero el que voy á referir es acaso el más original y el más peligroso. Descalzos los dos contendientes que se disputan el premio ó la cantidad convenida, eligen padrinos, se separan algunos pasos, y los padrinos dan la señal con una palmada. Acércanse uno á otro ámbos adversarios manifestando la mayor confianza y negligencia, y al compás de una canturía intraducible, se mueven, se inclinan, se enderezan, se separan y se unen, dando á su fisonomía la expresion más dulce, más amable y más amistosa que puede imaginarse. Al mismo tiempo, y con un calor que admira, los espectadores empiezan á apostar dinero y objetos á favor del luchador que les parece más diestro: crecen las apuestas, crecen las pujas, y los individuos que causan tal entusiasmo continúan uniéndose y separándose, estirándose y encogiéndose, con el mismo aire benévolo y la misma juguetona sonrisa. De repente, rápido como una bala, uno de los atletas se lanza al suelo y dirige á la nuca de su contrario un golpe terrible que ni se ve, ni se comprende, ni se adivina: ¿Es con la mano? ¿Es con el cuerpo? ¿Es con la cabeza? No; es con un talon: la pierna lanzada al aire gira en semicírculo con tal fuerza y velocidad que, si el golpe no se esquiva, no hay parada posible. Pero tan rápido como el golpe es el movimiento del atacado

al arrojarse al suelo dejando pasar por encima la pierna de su enemigo. Un segundo despues continúa el combate con la canturía, la sonrisa y la tranquilidad que comenzó. Multiplicanse las apuestas, crece el entusiasmo, los espectadores gritan, se amenazan, se insultan, aplauden la destreza del uno, la agilidad del otro, la gracia de éste, la negligencia de aquel, y los adversarios, animándose por grados, se acercan más y más, dan pruebas de mayor descuido, de mayor seguridad, se presentan mutuamente el pié, se lo besan, y en el instante en que ménos se aguarda dáse otro golpe tan terrible como el primero. Rara vez se pasa de cuatro golpes: en la lucha que relato, el segundo fué el decisivo: dióle el luchador que se habia mantenido á la defensiva; su contrario no se arrojó al suelo con la necesaria rapidez, recibió en la nuca el talonazo y cayó como si la tierra le faltara bajo los piés, como el toro bajo la cuchilla del carnicero, como una roca caída desde las nubes. El vencedor puso un pié sobre la espalda del vencido, en señal de victoria, y se separó para que su adversario se levantára; pero el caído no se levantó; estaba muerto. Me separé horrorizado, y ví á los espectadores, ébrios de entusiasmo, abrazar y felicitar al vivo por su golpe maravilloso.

Despues supe que estas desgracias son muy frecuentes, y que siempre que para celebrar algun acontecimiento tienen los árabes juegos de fantasia, resultan dos ó tres muertos, sin que la autoridad castigue ni intervenga en tales diversiones.

He visto luchar á los hombres de mil diversas

maneras; he visto morir combatientes en el campo de batalla, en desafíos de todas clases; pero jamás pude imaginar que dos hombres se batiesen á muerte de un modo tan extraño, con tal aparato de confianza y de sonrisas, y sin ódio, sin motivo, sin más deseo que el de lucir una habilidad ó ganar cuatro monedas de plata.



JUNTA DE ANDALUCÍA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

CAPITULO IV.

En derrota.—La apuesta del caballo.—Una oración fúnebre.—La venganza de Mohamed.—Un guía inesperado.

Concluiré por conseguir que estos apuntes tengan forma de todo ménos de Diario. Pero á lo ménos escribiré cuando el asunto lo merezca, librándome de la enojosa obligacion de apuntar algo diariamente, haya ó no haya materia digna de recordarse.

Hace más de cuatro meses que no abro este libro. Mis proyectos de evasion se han frustrado uno tras otro, pero ya no pienso en evadirme, gracias á un apoyo inesperado que me facilita la prosecucion de mi viaje.

Me he batido contra los españoles, obligado por las circunstancias, pero siempre he disparado al aire y mi conciencia está tranquila.

Estamos en plena guerra: el general O'Donnell ha penetrado en Africa al frente de un ejército de 30.000 hombres, y de victoria en victoria ha llegado hasta Montenegro. Los marroquíes se han batido con bravura, pero sólo han logrado la derrota, porque nada puede el valor contra el órden y la disci-

plina. Cada dia llegan nuevos contingentes de las tribus lejanas; cada dia los que llegan de refresco animan y exaltan á los derrotados, pero no varia la suerte de las armas, ni es posible otra cosa cuando se quiere triunfar con un ejército que tan pronto presenta ante el enemigo veinte mil hombres como quince mil; que comienza el combate con salvaje energía, y termina por desbandarse á medida que los soldados se cansan de hacer fuego ó consumen sus municiones.

En esta lucha de los africanos hay una cosa más grande que su desgracia; su fiereza: hay una cosa más grande que su fiereza; su resignacion. Nada les aterra; nada les abate; el mayor desengaño, el más cruel infortunio sólo consigue arrancar de sus labios la eterna frase: *estaba escrito*. Palabras consoladoras, que unidas al desprecio de la muerte, innato en los mahometanos, y al carácter belicoso y audáz de los hijos de Africa, hacen del moro el más terrible guerrero de la tierra. Si á estas circunstancias acompañara la instruccion militar, el órden y la disciplina, los ejércitos de Europa se desharian al choque de las huestes africanas, como una nube de polvo al empuje del huracan.

Mohamed y sus hermanos figuran entre los guerreros que más se han distinguido. Siempre en primera línea, han paseado á caballo delante del enemigo, luciendo su marcial gentileza, tirando y recogiendo la espingarda, agitando el albornoz y apostrofando á los españoles con multitud de injuriosos epítetos.

La bandera de Mohamed era la primera que apa-

recia en las guerrillas; los primeros disparos han sido los de sus hermanos; uno de éstos, el menor, ostentaba con orgullo un poncho y un pantalon cogidos al enemigo.

Hace ocho dias, el *taker* (1) de Benider disputaba acaloradamente con el hermano menor de Mohamed. Jactábase el primero de haber arrebatado á los españoles un caballo, y el segundo aseguraba que era capaz de hacer lo mismo. Agrióse la disputa; comenzaron las injurias y siguieron las amenazas, concluyendo el hermano de Mohamed por comprometerse á traer un caballo del campo enemigo y el *taker* á pagar á su contrincante ocho *budjús* (2), si salia airoso de su compromiso.

Este fin de reyerta es muy comun entre los moros y los árabes. Despues de insultarse y amenazarse en todos los tonos, terminan por apostar algo que les obligue á demostrar aquella cualidad de que uno de ellos se jactára; y por regla general, no riñen sino cuando media un interés ó un sentimiento de mútua animadversion. El punto de honor, ese fantasma que trastorna las cabezas de los hombres civilizados y les hace batirse á sangre fria sin motivo ni deseo, no se conoce entre los hijos de Mahoma. El moro y el árabe matan por ódio de familia, por venganza, por dinero, por un poco de pólvora, pero nunca por el honor. Esta palabra es para ellos lo que debia ser para nosotros: una palabra inútil.

Convínose en que aquella misma noche debia

(1) Sábio que sabe leer y escribir.

(2) Moneda de plata que vale unos siete reales.

traerse el caballo; y para evitar toda disputa respecto de la procedencia del animal robado, el *taker* y yo debíamos acompañar al hermano de Mohamed hasta muy cerca del campo enemigo.

Así se hizo, apénas llegó la noche: y yo, con la esperanza de evadirme, animé al *taker* para que nos acercáramos á los españoles todo lo posible.

Las tropas del ejército expedicionario estaban acampadas al pié de Montenegron, y las tiendas de la infantería llegaban hásta la orilla del mar.

Siguiendo la línea de la playa, nos acercamos cautelosamente, y pronto estuvimos á veinte pasos de las trincheras. Era profunda la oscuridad, y el hermano de Mohamed, arrastrándose como una serpiente, pudo entrar en el campamento sin que los centinelas le divisáran.

—¿Ha pasado?, me preguntó el *taker* con visible emoción.

—Sí, le contesté. Escuchemos.

Diez minutos despues, en el centro de un grupo de tiendas, se oyeron voces; luego gritos de «¡un moro!» «¡ahí va!», pasos precipitados, carreras, y por fin dos tiros de fusil.

Luego, nada se oyó. El *taker* me estrechó la mano y dijo:

—No vuelve.

—Volvamos nosotros, dije.

Y era tal la turbacion producida en el *taker* por la alegría de haber salvado sus ocho *budjús*, que aunque en aquel instante le hubiese abandonado, no habria advertido mi ausencia.

¿Por qué no me fugué? Si he de decirlo franca-

mente, porque tuve miedo. Comprendí que mi traje y la ocasion no eran lo más á propósito para evitar una bala española ántes de poder pronunciar una sílaba; y de no entrar inmediatamente en el campamento, me exponia á ser cogido por los moros y á sufrir un castigo terrible.

Volvimos al aduar. En toda la noche no pareció el hermano de Mohamed. Al dia siguiente, un espía que acababa de dejar el campo enemigo, nos refirió la trágica muerte del desdichado moro. El mismo Mohamed le instó á que la refiriera.

—Yo he presenciado la desgracia, dijo el espía; yo le ví entrar; llevaba el poncho y el pantalon de los españoles, los zuecos y el sable. Anduvo de aquí para allí buscando los caballos, hasta que vió uno que llevaba un soldado. Se acercó á él animoso, y echando mano á la brida dijo en español: «dame». El soldado se le quedó mirando; esto le hizo perder la serenidad; saltó sobre el caballo, tiró del sable y huyó con su presa. Pero el camino estaba obstruido por las tiendas y por multitud de zarzas y arrayanes. El soldado le siguió gritando: «¡al ladron!»; salieron de las tiendas nuevos enemigos, hubo uno que dijo: «¡un moro!»; y él, cada vez más aturdido, se cubrió la cabeza con la esclavina del poncho; comenzó á esgrimir el sable, y en lugar de tómar el camino de la playa, se internó en el campamento. Al cabo de algunos instantes cayó herido de muerte con dos balas en la cabeza.

—¿Hay más?, dijo Mohamed con un acento singular.

—Esta mañana, continuó el espía, han paseado su

cadáver en una camilla por todo el campo español.

—¿Sabes en qué sitio le han enterrado?

—Lo ignoro.

Mohamed se quedó un momento pensativo sin manifestar la menor emoción. Después me hizo señas de que le siguiera y salió del aduar. Subimos á una colina desde la que se dominaba el campamento enemigo, y Mohamed se detuvo.

—Escucha, me dijo; te traigo para que seas testigo de mi promesa y para que me escupas al rostro si no la cumplo. ¿Lo harás?

—Lo haré.

Y extendiendo los brazos hácia las tiendas españolas, exclamó con salvaje energía:

—¡Hermano!, tú eras valiente, tú eras leal, tú eras generoso; tú fuiste bravo entre los bravos, noble entre los nobles, audaz entre los audaces, creyente entre los creyentes que siguen el camino recto (1).

Tu brazo era poderoso, tu frente altiva, clara tu inteligencia, indomable tu voluntad.

Ya, sin tí, ¿qué hará tu sable corvo, tantas veces teñido en sangre cristiana? ¿Qué hará tu gumía? ¿Qué hará tu yatagan?

¿Qué mano disparará tu espingarda, terror del enemigo? ¿Qué jinete guiará tu caballo, envidia de los hijos del desierto?

¿Dónde estás, hermano?

Responded, aguas de la mar, polvo de la tierra, niebla de las nubes; ¿dónde está el potente, el incansable, el batallador?

(1) *Camino recto* llaman los moros al Islamismo.

¿Qué mano cubrirá su tumba? ¿Qué pariente guardará sus cenizas? ¿Qué guerrero detendrá su mirada y su pensamiento ante el cadáver del guerrero de Dyebel-Habib?

¡Maldicion sobre tus matadores! ¡Maldicion sobre el perro cristiano que ha apagado en tu corazon el soplo de la vida! ¡Caigan sobre la frente de tu asesino tinieblas eternas, horror y espanto! ¡Que las legiones de Eblis (1) le torturen! ¡Que en el dia de su muerte recoja Malek (2) su alma y su cuerpo! ¡Que sólo le cobije en la otra vida la negra sombra del *zakouns* (3)! ¡Que no se aparte de sus lábios el *darí* (4)!

¡Hermano! Vuelto el rostro hácia el sepulcro del profeta, juro vengarte. Pasa, pues, tranquilo á la morada de los justos, y aguardame al pié del árbol de las huries, en la atmósfera de eterna salud y de inefable vida.

Dichas estas palabras, me cogió del brazo y bajamos de la colina. Ni habló más, ni de sus ojos brotó una sola lágrima.

Anteayer, á la una de la tarde, los marroquíes atacaron la línea enemiga. Mohamed me llamó y nos adelantamos hasta llegar muy cerca de los españoles. Una guerrilla de éstos comenzó á hostilizarnos. Mohamed, sin cuidar de su propia defensa, apuntó tranquilamente á un soldado, hizo fuego, y el soldado cayó.

—Uno, dijo Mohamed.

(1) El ángel caído.

(2) Angel que preside los tormentos de los condenados.

(3) Arbol maldito que crece en el fondo de los infiernos.

(4) Fruto áspero y espinoso, destinado á los réprobos.

Cargó su espingarda, volvió á disparar, y cayó otro soldado.

—Dos, dijo Mohamed.

Cargó segunda vez, hizo fuego, y otro soldado mordió el polvo.

—Tres.

Volvió á cargar, volvió á disparar, y también cayó otro español.

—Cuatro, dijo Mohamed con orgullo.

Y alzando los brazos al cielo, exclamó:

—¡Hermano mio, estás vengado!

Permaneció un momento en éxtasis, sin cuidarse de los proyectiles que llovían á nuestro alrededor; y luego, haciéndome seña de que le siguiera, se retiró del campo de batalla. Ya era tiempo, porque las bayonetas españolas estaban á treinta pasos de nosotros.

Al entrar en el aduar observé que las ropas de Mohamed destilaban sangre.

—¿Estás herido?, dije á mi amigo deteniéndole.

—No, murmuró.

—¿Y la sangre que hay en tu *chilaba*?

—Déjala correr; esta ofrenda será grata á mi pobre hermano.

Hasta bien entrada la noche, no permitió que le curára; tenía tres heridas, una de ellas bastante grave.

Yo salí ileso, pero mi *haike* había sido agujereado por cuatro balas.

Hoy, despues de hacer la cura á Mohamed, éste me ha hecho sentar á su lado, y me ha dicho:

—Amigo mio, voy á probarte las simpatías que me mereces, y el aprecio que hago de tu amistad. He leído en tu corazón; sé que no estás contento en-

tre nosotros; viniste al África para ver más de lo que has visto, para estudiar, para investigar esas cosas que halagan vuestra inteligencia y que á nosotros los africanos siempre nos han sido indiferentes. Tú quisieras huir; separarte de mí, en quien sólo ves un vigilante más ó ménos cariñoso, y tomar un guía que se aventurára contigo lejos de mi patria. Pues bien, escucha: si la suerte de las armas continúa siéndonos desfavorable, si Alah en su infinita grandeza dispone que triunfen todavía los guerreros cristianos, si comprendo que mi brazo es inútil á los míos, iré contigo lejos de aquí; seré tu guía, tu compañero, tu amigo, hasta que el tiempo borre de mi corazón las huellas profundas que ha impreso en él la muerte de mi hermano, del ser que más quería en el mundo.

Los españoles querrán penetrar en la llanura; querrán caer sobre Tetuan, nuestra ciudad querida; pero en la llanura esperan los dos mil caballos de Ben-Ahuda y los nueve mil jinetes bojarís del hermano de nuestro emperador. Si los españoles no son vencidos, si resisten el choque de nuestra caballería, partiremos juntos. Pero si rehusas mi compañía ó si los infieles son derrotados, parte tu solo; eres libre: yo te lo fio, huye sin temor: la palabra del creyente es sagrada: más sagrada aún la del creyente que estrecha tu mano y te ha dado asiento en su casa, parte en su comida, parte también en el cariño de su corazón.

No necesito escribir mi respuesta. He jurado á Mohamed no abandonarle un sólo instante, y ébrio de gozo por tan inesperada ayuda, he rogado á mi Dios, el Dios de paz y de misericordia, para que envíe la corona del triunfo sobre el ejército cristiano.

CAPITULO V.

La llanura de Tetuan.—Batalla rehusada.—Venta de un cuchillo.—Una taza de café en Mascara.—El Djelep.

Mascara, 20 de Febrero de 1860.

Limitada al N. por la cordillera de Cabo-Negro, al O. por Sierra-Bermeja, al S. por el pequeño Atlas, y al E. por el Mediterráneo, la llanura de Tetuan, con su laguna, que á lo lejos parece un prado, sus huertas salpicadas de blancos caserios, sus matorrales y su Guad-el-Jelú, presenta un aspecto encantador. Desde ciertos puntos de la llanura el golpe de vista es admirable; por un lado la cordillera de Cabo-Negro cubierta de matorrales; arenas junto á la playa; aguas ocultas bajo un manto de juncos en la laguna; árboles, flores y cespéd en las praderas; el fuerte Martin, edificio de guerra, y la Aduana, edificio del comercio; por otro lado Sierra-Bermeja con sus rocas desnudas; el Atlas coronado de nieve; un rio, casas de recreo escondidas entre naranjos, y una ciudad en lontananza.

El 16 de Enero de 1860, un cuerpo de ejército español desembarcó en las playas de Tetuan, protegido por otros cuerpos colocados en las vertientes de Cabo-Negro. Los marroquíes, en grupos numerosos,

al pié de Sierra-Bermeja, esperaban el ataque de los españoles. Estos descendieron á la llanura, presentando la batalla con una de sus divisiones.

El espectáculo era magnífico: un escuadron de húsares abria la marcha en guerrilla; seguian dos regimientos de artillería rodada, protegidos por cuatro batallones que avanzaban formados en cuadro, y cubrian la retaguardia dos alas de caballería, compuestas de mil jinetes.

Los moros, indecisos, esperaron á la division que continuó adelantando hasta ponerse á tiro de cañon de los marroquíes.

El silencio era tan profundo que, cuando al llegar los húsares cerca de las avanzadas moras, algunos renegados empezaron á insultar á gritos á los presidiarios españoles (1), sus voces se oyeron distintamente en el extremo opuesto de la llanura.

Viendo el jefe de la division que los moros no atacaban, mandó romper el fuego á la guerrilla de caballería, y despues á la artillería. Entónces varió el espectáculo. Los jinetes marroquíes, acosados por una lluvia de granadas, emprendieron la fuga. La division continuó avanzando; siguió el fuego, y las huestes moras corrieron á refugiarse en las vertientes de Sierra-Bermeja, sin intentar el menor ataque contra los españoles. Estos, despues de desalojar á sus enemigos de las primeras posiciones, se retiraron con el mayor orden. La batalla no fué aceptada, y

(1) El ejército español llevo á la guerra de Africa un cuerpo de presidiarios armados. Estos eran para los moros y renegados objeto de los mayores insultos.

la famosa caballería marroquí perdió completamente su crédito.

Mohamed, que repuesto un tanto de sus heridas, gracias á las yerbas de cierto morabito, lo habia presenciado todo desde la torre Geleli, miró al cielo con amargura, y me dijo :

—Estaba escrito. Seré tu guía.

Aquella misma noche abandonamos el campamento moro, y al dia siguiente salimos de Tettuan.

Fuera ya de las murallas, Mohamed se detuvo y miró con curiosidad á un kabila que pasaba por nuestro lado.

—¿Qué miras?, dije á Mohamed.

—Miro el cuchillo que lleva en la faja ese kabila.

—¿Te agrada?

—Más todavía; quiero poseerlo: ese cuchillo era de mi hermano.

—Entonces te será fácil recobrarlo. Hablemos al kabila.

—No hagas tal, replicó Mohamed deteniéndome; si sabe que tengo grande interés en poseer esa arma, pedirá doble por ella. Déjame á mí.

Y acercándose al kabila entabló con él el diálogo siguiente:

—Buen cuchillo llevas. ¿De dónde?

—Del campo fué.

—¿Le cogiste?

—Cogíle.

—Bien podrás coger otro.

—Bien podré.

—Mi yatagan es prenda de príncipe; la hoja es de

Damasco, la vaina de tafilete y plata, el mango de marfil y oro. Vélo.

—Tu yatagan es hermoso, es fino; pero kabila no cambia el cuchillo.

—¿Véndelo, pues?

—¡Ah! ¿Tú lo compras?

—No, si lo estimas.

—Habla.

—Ya hablé.

—¿Como cuánto?

—Buena pistola tengo; mira, cañon de Te-tuan, llave berberisca, madera fuerte y anillos de bronce.

—Buena pistola tienes.

—¿No cambia kabila?

—No cambia.

—A dios.

—A dios.

—Alah te proteja.

—Oye.

—¿Llamas?

—Kabila vende.

—¿Cuánto?

—¿Compras?

—No, si lo estimas.

—No lo estimo.

—Pues dí.

—¿Moneda española tienes?

—Española será.

—¿Duro?

—Oro.

—¿Duro no?



P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

JUNTA DE ANDALUCÍA

—Oro.

—Habla, pues.

Mohamed sacó una moneda española de cinco duros, y la presentó al kabila. Éste la miró con desconfianza, y no dijo nada. Entónces sacó Mohamed cuatro napoleones. Los ojos del kabila brillaron imperceptiblemente, y tampoco dijo nada.

—Adios, dijo Mohamed y ocultó los napoleones dentro de la mano.

—Cuchillo tienes, dijo el kabila tocando la mano de Mohamed. Éste le dió las cuatro monedas de plata y recibió el cuchillo.

—Alah te guie.

—Alah te acompañe.

Y el kabila se separó de nosotros con aire satisfecho.

Mohamed me aseguró que, tratado el asunto de otra manera, el kabila no hubiese vendido el cuchillo sino á doble ó triple precio.

—¿Por qué ha tomado los cuatro napoleones y ha despreciado la moneda de cinco duros?, dije.

—Porque casi todos los moros prefieren la plata, y temen que las monedas de oro no sean de buena ley.

Emprendimos la marcha hácia esta poblacion, donde Mohamed tiene un pariente, y despues de detenernos en Tlemcen (Tremecen), entramos anteayer en Mascara. Mohamed, que traía sobre sí todo su oro y sus mejores armas, regaló á su pariente un precioso puñal. Este obsequio fué lo bastante para que el viejo Ben-Allal nos recibiera con grande alegría. Inmediatamente nos invitó á entrar en casa de un

caonadji (1). Sirviéronnos tazas de espeso café endulzado con azúcar morena (2), y demasiado abundante en heces, según el gusto árabe.

Mientras bebíamos el negro líquido, observé á los que nos rodeaban. Sentados en el suelo, con las piernas cruzadas y los hombros apoyados contra la pared, la taza en las manos y la pipa en la boca, cuatro ó seis árabes dormitaban, bebían y fumaban sin descanso. Inmóviles, mudos, recibiendo el sol y la sombra con igual indiferencia, sin mirar nada, sin asombrarse de nada, más que hombres parecían estatuas unidas á la pared. Envueltos en sus albornoces, sombríos como la fatalidad, si una mano les arrojaba una moneda, la tomaban; pero nunca pedían y nunca daban las gracias, porque el árabe es el mendigo más soberbio.

¿Quién, al ver á estas criaturas indolentes y perezosas, que no hacen nada, ha de imaginar que son capaces de hacerlo todo?

¿Quién ha de creer que al olor de la pólvora estos mismos hombres se levantan de un salto, se enderezan, montan á caballo y se lanzan al pillaje y al saqueo, noche y día, sin trégua ni descanso, quemando, arrasando, como si el espíritu de la destrucción y del esterminio volára á la par de sus corceles?

Cada vez me admira más el carácter especial, *sui generis*, único de los musulmanes. Su estoicismo, su frialdad, su audacia, no admiten comparación. Hay algo grande, algo extraordinario en este carác-

(1) Cafetero.

(2) Los moros no usan en el café la azúcar refinada.

ter, mezcla estraña de lo sublime y de lo abyecto, de la inteligencia más refinada y del idiotismo más absoluto.

Enterado Ben-Allal de mis propósitos y de mi deseo de verlo y observarlo todo, me dijo si quería asistir al Djelep.

—¿Qué es el Djelep?, pregunté.

—Sígueme y lo sabrás.

Guióme el anciano y me hizo entrar en una casa situada en medio de la población. Al mismo tiempo que nosotros, entró un negro á quien un kabila, sentado á la puerta de la casa señaló con la punta de un palo una esterilla que habia en el suelo. El negro arrojó sobre la estera algunos *musunas* (1), y pasó adelante. Seguimosle, cruzamos un corredor, levantamos una cortina roja y salimos á un pátio rodeado de columnas que sostenian una galería superior. En ella habia algunas mujeres cubiertas con largos velos. Al nivel del piso del patio, en otra galería adornada con almohadones y esteras, recostado sobre un lecho de cojines y rodeado de los principales individuos de su tribu, estaba el *Kaitlausfan* (2). Sobre su cabeza, á manera de dosel, cuatro bandas verdes, rojas y amarillas le ocultaban á medias entre sus pliegues. El *Kaitlausfan* era un anciano de imponente mirada, y vestía un traje blanco bordado de oro. Después de saludarle, Ben-Allal y yo nos sentamos detrás de él.

Reinaba en aquel sitio el silencio más respetuoso.

(1) Ochavos morunos.

(2) Jefe de los negros dispersos en los estados berberiscos.

Acababa de anochecer, y dos teas alumbraban la escena. En medio del patio, cuyas baldosas estaban regadas y perfumadas, veíase una estufilla sostenida por un alto trípode, de donde se exhalaba una ligera columna de humo blanquecino y un olor fuerte y ácre. Dos viejos, hombre y mujer, puestas las manos sobre las rodillas y la barba sobre las manos, descansaban acurrucados junto al trípode.

Al aparecer el negro en el pátio, las mujeres situadas en la galería superior lanzaron tres veces el grito peculiar de todas sus ceremonias: ¡Yú! ¡Yú! ¡Yú!

El negro se acercó al *kaitlausfan*.

—¿Qué quieres?, preguntó el jefe.

—Quiero conocer lo futuro y sacrificar al Djelep.

—¿Quién eres?

—Soy Yake, del *kraal* (1) de *Gaika* (2).

—¿Para qué quieres leer en lo porvenir?

—Para vengarme de un enemigo á quien no conozco.

El *kaitlausfan* se incorporó sobre un codo, señaló con un gesto á Yake el centro del pátio é hizo una señal de inteligencia á uno de los que le rodeaban.

Yake se adelantó hácia el trípode, y los dos viejos se levantaron para recibirle. Al mismo tiempo, aparecieron en un ángulo de la galería veinte músicos que empezaron á templar sus instrumentos, que eran clarinetes, timbales, oboes, bocinas hechas con astas de toro, y *zingani* (3) con cascabeles. Todos los

(1) Tribu cafre.

(2) Raza de los cafres rojos.

(3) Panderetas.

músicos eran negros, de pura raza congoleña, hombres de mediana estatura, cara ancha, alegre, bondadosa, y tenían las orejas y los dedos cubiertos de grandes anillos. A una señal de su jefe, se formaron en tres filas compactas.

Los viejos de la estufla, que puedo llamar sacrificadores, condujeron á Yake hasta ponerle debajo de una de las teas, y le desnudaron en parte, dejando descubierta la mitad superior de su cuerpo. Ofrecieronle una vasija llena de sangre de gallina con la cual se frotó los brazos y las articulaciones. Después los sacrificadores sacaron de la estufla un poco de la mezcla formada por una infusión de benjuí, goma arábiga, *sambel* (1) y *calari* (2), dejaronla enfriar y perfumaron con ella las espaldas y la cabeza del negro.

Ya purificado, pusieronle sobre los hombros un *caftan* (3) lleno de cascabeles, una faja en la cintura y un gorro en la cabeza, ambas cosas cuajadas de conchas marinas que producian al menor movimiento del cuerpo un ruido discordante.

Concluido de vestir el iniciado, apartáronse los sacrificadores y empezaron á ejecutar una danza lenta, invitándole á que los imitase. Los músicos comenzaron una tocata de mesurado compás, y Yake ejecutó los primeros pasos de un baile militar semejante al de los antiguos griegos, y que los *aisaui* (4) llaman *zikr*.

(1) Esencia.

(2) Madera.

(3) Manto largo.

(4) Secta del morabito Moh amet-ben-Aisa.

Muy luego los oboes y clarinetes apresuraron el compás, y el bombo y los timbales animaron con redoblados golpes los sonos monótonos de la orquesta. Los sacrificadores dejaron de bailar y siguió sólo el negro.

Excitado por las primeras cadencias de la música y animado por el movimiento de sus primeras actitudes, Yake desplegó gradualmente las fuerzas y la elasticidad de sus miembros. Dejó de ser *iniciado* para tomar el carácter de *poseido*: su rostro se iluminó con expresion indefinible, sus ojos brillaron con luz fosforescente y crujieron sus articulaciones á impulso de fuertes sacudimientos. Los músicos aceleraron el compás, zumbaron las panderetas con ronco estrépito y las mujeres atronaron el espacio con agudos gritos. La danza acompasada y cadenciosa se trasformó en evoluciones aceleradas, saltos prodigiosos y espantosas convulsiones. La orquesta, exaltada por la vivacidad del compás y por la vertiginosa rapidez de los movimientos del bailarín, producía un ruido infernal. Cubiertos de sudor los músicos golpeaban como energúmenos las panderetas, el bombo y los timbales, acompañando sus porrazos con enormes suspiros; y al estrépito de esta música salvaje, acompañada por el ruido de los cascabeles y de las conchas del traje del negro, y de los gritos de éste, ya penetrantes, ya roncoc, los hombres de la galería baja entonaron un coro verdaderamente monstruoso.

Yake se manifestaba infatigable; desarrollaba en el torbellino de su ejercicio todos los recursos, toda la elasticidad de su naturaleza varonil; la risa convulsiva que estremecía sus labios, dejaba descu-

biertos sus blancos y afilados dientes; sus piés parecían no tocar al suelo; con los puños cerrados se golpeaba incesantemente el pecho y las piernas, y braceaba y pataleaba como un epiléptico.

Los sacrificadores se acercaron al poseído y le entregaron un yatagan y un puñal. Al tomar estas armas, el frenesí del negro llegó al paroxismo del furor. Rechinó los dientes con rabia y se precipitó con saltos desordenados hácia todos los ángulos del patio, rugiendo como un tigre, gritando como un endemoniado, hiriendo al aire con tajos y reveses y amenazando á todos los testigos de esta escena.

Los kabilas se mostraban cada vez más satisfechos del espectáculo, y apénas podían contenerse en su sitio. La orquesta imitaba todas las fases de la locura del cafre, rugiendo y aullando como él é imitándole en sus horribles contorsiones.

Al cabo de una hora de frenéticos ejercicios, Yake, rendido, jadeante y perdida la razon, cayó de golpe al suelo como atacado de apoplejía fulminante.

Uno de los kabilas se le acercó con paso lento, se inclinó sobre él, besó sus manos y sus piés con religioso respeto, y comenzó á bailar en su derredor.

Entónces la orquesta cesó de atronar el aire con sus desordenados acordes, y ejecutó una tocata lastimera, en la cual los oboes llevaban la voz con sonido melancólico.

De improviso, levántase el negro, retrocede dando un salto enorme, y luego, exhalando un grito ferroz, se precipita sobre el kabila, le derriba en tierra y pugna por ahogarle entre sus brazos.

Esta es la señal para renovar la pasada escena; la orquesta vuelve á su estrépito, la asamblea exhala gritos de loco entusiasmo, envidiando la suerte de los poseidos que entre los golpes de su bárbara lucha se comunican recíprocamente la ciencia de lo porvenir.

De repente, el *kaitlausfan* arroja en medio del patio dos varitas de marfil que los poseidos recogen con presteza, y con las cuales ejecutan una pantomima, inventando actitudes y contorsiones nuevas, dejándose arrastrar por el vértigo más furioso, hasta que destrozados, imposibilitados de moverse, caen al suelo uno sobre otro como masas inertes.

Pero ha llegado el momento de dar todo su carácter á la escena; los espectadores de la primera galería, arrebatados, enloquecidos á la vista del espectáculo que tienen delante, y excitados hasta el delirio por el estrépito, los silbidos y el horrible bramar de la orquesta, despójanse de todo lo que puede embazarar sus movimientos, dánse las manos, precipítanse en medio del patio, y entre aullidos espantosos se lanzan como furias á un baile diabólico, dando vueltas al rededor de los poseidos.

Luego rompen el cordón que habian formado, y dan principio á una lucha de caníbales; se persiguen, se golpean, se derriban, se pisan, babeán, aullan; y los músicos, que han reservado para este momento supremo el último aliento y vigor de sus pulmones, hacen rechinar los instrumentos con los carrillos inflados, los ojos fuera de las órbitas, las venas á punto de estallar, y rompen las panderetas hiriéndolas á puño cerrado. Los gritos lúgubres de las mujeres, la

luz roja y el humo que difunden las teas, el pataleo sordo y convulsivo de esta frenética bataola, el estertor de los que caen rendidos por el cansancio, la confusa mezcla de aquellos rostros negros, horribles y desfigurados, de albornoces hechos girones, de fajas retorcidas, de haikes manchados de sangre, dan á esta escena un carácter espantoso que la palabra no puede expresar.

El Djelep está á punto de terminarse. Los bailarines y los músicos van cayendo uno tras otro sobre las baldosas del patio. La eleccion queda hecha entre los poseidos; el ángel de los muertos se les ha manifestado. Pero la fiesta no se da por terminada hasta que el último músico cae sobre su instrumento, y el último energúmeno rueda sobre los caídos.

Ben-Allal y yo, que desde que la fiesta comenzó á anunciarse habíamos tomado el prudente partido de refugiarnos en la galería superior, salimos con gran cautela; pero no fuimos solos: al propio tiempo uno de los bailarines se levantó, se cubrió con un *caftan* y dejó la casa.

Al salir oímos que decia con feroz acento:

—El Djelep me ha iluminado. ¡Ay de mi enemigo!

Era el negro Yake.

CAPÍTULO VI.

La Kabilia.—Un baño en Tremecen.—Canto del rifeño.—Mostagan.—Caza del jabalí.

Mostagan, 17 de Marzo.

Ya accediendo á mis deseos de recorrer prolijamente la parte Norte del Africa, ya por visitar á algunos parientes y amigos de Mohamed, hemos vagado desde Mascara á la Kabilia, desde la Kabilia á Mostagan.

Los desfiladeros, las gargantas, los valles del pequeño Atlas forman ese país llamado la Kabilia, país quebrado, pintoresco, fértil, y de acceso difícil, donde, huyendo de la civilizacion y de la espada de los conquistadores, se han atrincherado los kabilas.

Los kabilas son los pueblos aborígenes del Africa Setentrional, que representan á los numidas, primeros habitantes del país. Compónese la Kabilia de muchas tribus independientes entre sí, que se gobiernan como cantones ó como Estados distintos y se agrupan más ó ménos segun los intereses del momento, formando ligas ofensivas y defensivas que se llaman *soff*. (1) Las tribus kabilas se llaman *arch*; las fracciones de cada tribu *ferka*, y se designan con el nom-

(1) Fila, línea.

bre de *karuba*, *fekhed*, *areg* (muslo, venas, etc.), subdividiéndose á su vez en *dachra* (aldeas). Cada *dachra* tiene un *amin* (1) encargado de mantener el orden público y de hacer respetar las leyes y costumbres. Esta eleccion se verifica por sufragio universal. La poblacion de la Kabilia es de 400.000 habitantes, los más laboriosos, los más diestros y los más activos de todos los hijos de Africa: explotan con éxito las minas de hierro, plomo y cobre que existen en sus montañas; trabajan con bastante primor los metales; labran yataganes rectos llamados *flisas* (2), muy estimados por los árabes; forjan con el hierro multitud de aperos de labranza; funden balas; fabrican pólvora, y se dedican, sobre todo, á la fabricacion de moneda falsa. La agricultura es mucho más floreciente entre ellos que entre los moros y los árabes: sus jardines son modelo de cultivo; cuidan con gran esmero los árboles frutales, el olivo y la viña: abastecen á los pueblos de la llanura de aceitunas, de aceite, de jabon, de lana y de pan de higo, y guardan con sórdida avaricia el producto de sus frutos. En cuanto á cereales, sólo siembran la cantidad necesaria para su consumo. Tienen muchas aves de corral, y sus mulos y borricos son los mejores y más estimados de toda Berbería.

(1) Jefe.

(2) Toman el nombre *flisa* de la montaña donde están situadas las principales fábricas: son unos sables cuya hoja, ancha hácia la empuñadura, remata en punta muy aguzada. Los adornan con embutidos de laton, y la vaina, que es de madera, la forran de tafilete rojo.

En general, el carácter del kabila es feroz, vengativo y traidor, participando á la vez de las cualidades dominantes en el mahometano de ardiente fe, en el agricultor, en el industrial y en el bandido. Los kabilas son de alta estatura, cuerpo enjuto, nervioso, ágil, fuerza prodigiosa, aire esbelto y elegante. La forma de su cabeza es casi esférica, y los rasgos de su fisonomía son muy recogidos.

Rodeados por los árabes de la llanura y del desierto, y teniendo de comun con ellos leyes, religion, creencias y fanatismo, los kabilas no se han mezclado jamás con sus vecinos, y constituyen una sociedad aparte en aquellas vastas regiones donde la civilizacion no ha dado un paso hace dos mil años.

Si hemos de creer á Salustio y á los libros púnicos de Hiemsal (familias autochtonas), los kabilas deben proceder de las masas indígenas llamadas bárbaros por los romanos, que procedentes de los libios y gétulos y de las emigraciones de los medos, armenios y persas, se han fundido bajo el imperio de los califas árabes en una sola raza especial: la raza berberisca ó kabila.

La gran kabila toma su nombre, como la tribu árabe, ya del terreno donde habita, ya del hombre á quien debe su origen. En este último caso, une al nombre la palabra *beni* ó *uled* (hijo), que completan su significacion. Así, por ejemplo, los *Beni-Amer* los *Uled-zeitum*, son los descendientes de *Amer* y los hijos de *Zeitum* (nombre de un rio).

Como la region que ocupan las montañas no es toda igualmente fértil, las tribus que habitan en ella se dividen en *karubas* y la *karuba* en *daherás*.

Karuba es la reunion de varias familias y toma su nombre del algarrobo, porque así como el fruto de este árbol contiene varias semillas y la reunion de ellas forma un sólo fruto, así la de muchas *karubas* forma una sola tribu.

La *daherá* es un lugarejo habitado por una sola familia, cuyos individuos obedecen á la autoridad patriarcal del padre ó del jefe de la rama que le sigue.

Los kabilas viven en chozas construidas con estacas clavadas en el suelo, entrelazadas con cañas y ramas flexibles, y revestidas de tierra gredosa por la parte exterior. Estas viviendas llámense *gurbi*. También aprovechan los huecos de las peñas, que agrandan y acomodan convenientemente para habitarlos; especie de ántros ó madrigueras donde viven en estado semi-salvaje.

Después de visitar la Kabilia y hacer algunas compras de provisiones, volvimos hácia Mascara y de nuevo nos detuvimos en Tremecen.

Tiempo hacía que deseaba tomar un baño al estilo moro, y con toda comodidad. En Tremecen se cumplió mi deseo.

Mohamed y yo penetramos en una casa de macizos y pesados muros formando un cuadrado perfecto cubierto por una bóveda semi-esférica, puerta baja y maciza, umbral solitario y triste como el de un templo abandonado. Al entrar en una casa de baños moruna, se aspira desde luego un ambiente tibio, voluptuoso y adormecedor. La primera sala, generalmente de planta rectangular, está dividida en dos departamentos, uno de los cuales, mayor que el otro,

tiene adosado al muro un entarimado cubierto de colchones donde se acuestan los bañistas al salir del baño. En una de las extremidades de la sala está el dueño del establecimiento, inmóvil y silencioso, hasta que la presencia de un nuevo bañista le obliga á hacer algunas cortesías automáticas. Sobre el entarimado habia tendidos algunos huéspedes con el rostro oculto entre los pliegues de largas túnicas de lana blanca, mirando con ojos soñolientos á los recién llegados.

Dos *mozabes* (1) casi desnudos, afeitada la cabeza, excepto el *mahomet* (2), me pidieron las alhajas y el dinero que llevara, para depositarlo en manos del dueño de la casa. Despues me condujeron á una habitacion inmediata; me desnudaron y me cubrieron con varios haikes blancos como el armiño, y calzándome con unas sandalias de planta de madera, pasé á otra sala, donde apénas se pone el pié comienza á faltar la respiracion. Hiciéronme sentar y creí sofocarme: intenté huir y los *mozabes* me detuvieron. Por fin, comencé á acostumbrarme á aquella atmósfera; mi pecho se dilató con la presion, y me inundó un sudor abundantísimo. Entónces los *mozabes*, quitándome uno á uno los haikes que me cubrian, me hicieron pasar á otra sala más caldeada todavía;

(1) Pueblo que habita al lado de Ain-Mahdí, y vive independiente, dedicándose en las ciudades populosas de Africa al oficio de bañero y mozo de carga.

(2) Los árabes se rasuran la cabeza, dejándose crecer en la coronilla un largo mechon de cabello llamado *mahomet*, y por el cual, segun su creencia, los cogerá el ángel de la muerte para conducirlos desde el sepulcro al Paraiso.

me acostaron sobre las baldosas, y los bañeros comenzaron á torcerme, á comprimirme, á estrujarme, á golpearme y desconyuntarme, hasta que en todo mi cuerpo no quedó una sola articulacion que no hubiese castañeteado, un solo miembro que no hubiera sido dislocado y vuelto á poner en su natural situacion. Los *mozabes* ejecutaban esta maniobra entonando una cancion lenta y cadenciosa, con acento lastimero y desapacible, en la que celebraban las perfecciones de mi frente, de mis ojos y de mi cuerpo, con exageracion harto ridícula.

Despues de esta operacion que me dejó molido, entró la mano de *bruza*, y los *mozabes*, con un cepillo de cerdas de camello, me cepillaron á su placer. En seguida fuí colocado debajo de una llave de fuente, me jabonaron todo el cuerpo, me mandaron cerrar los ojos, y cayó sobre mi cabeza un chorro de agua caliente, que, desparramándose por mi cuerpo, convirtió el jabon en espuma. Recibí nuevas fricciones, fuí cariñosamente enjugado, envuelto en vestidos de lana y conducido á la tarima de la sala de descanso, donde me encargaron el sosiego; me dieron una larga pipa, tabaco turco y café, ó un sorbete, á escoger.

Cuando me pareció, me levanté; me vistieron; recobré mi dinero y mis alhajas; pagué una peseta, y salí recibiendo las bendiciones de los *mozabes*. El importe del baño era sólo de tres reales.

Desde Tremecen nos dirigimos á Mascara. Desde Mascara á Mostagan (Mostaganem). Llegamos de noche á esta última poblacion, y al pasar junto á la playa, apliqué el oido y me detuve.

—¿Oyes?, dije á Mohamed.

—Sí.

—Acerquémonos.

Lo que habia despertado mi curiosidad era una voz. Nos acercamos, y dentro de una canoa que se balanceaba sobre las olas, á pocos pasos de la orilla, vimos un hombre medio tendido en la popa de la embarcacion, y cantando al compás de una guitarra casi rota.

La voz de aquel hombre tenía un timbre especial, indefinible, que atraía como la voz de las sirenas de la fábula. Su canto era una melancólica melodía que recorría todos los tonos de una manera extraña y sorprendente, volviendo siempre al mismo motivo, á las primeras notas. Tan pronto era dulce y amorosa como salvaje y bravia; tan pronto adormecía como exaltaba; ya enérgica, ya suave; ya lánguida, ya ardiente; elevándose, descendiendo, girando sin cesar para volver siempre al punto de partida, parecía una cadena de ecos, una repercusion de sonidos, un laberinto de armonías sin fin, que subian de las olas á las nubes y bajaban de las nubes á las olas para subir otra vez y no interrumpir jamás su alternado movimiento.

Era un canto monótono al principio, que se empezaba á escuchar aguardando la repeticion, en actitud de alejarse, como quien ha oido lo suficiente para juzgar, y no queda satisfecho; pero el canto se repetía y el que escuchaba no tenia accion para moverse; y cada vez más atraído, cada vez más embriagado; llegaba un momento en que sólo oía el áspero son de la guitarra rota, y continuaba inmovil, como clavado

en tierra, sin darse cuenta de lo que le retenía.

Poco á poco la expresion del canto se hacia más definible, *tomaba color*, y el oyente empezaba á distinguir la voz del amante que pedía amores á su adorada, gimiendo, suplicando, entre murmullos, entre quejas, entre suspiros, entre ayes del alma, entre sollozos del corazon.

De improviso, á las súplicas sucedían las amenazas; hablaba la ira, los celos, el espíritu vengador, y la voz gritaba, rugía, blasfemaba, ensordecía..... pero como si agotara su fuerza, como si se arrepintiera de su audácia, volvía á ser la voz del gemido, la voz del sollozo, amorosa, sentida, suplicante. Y de nuevo tornaba á dominar la cólera, y de nuevo tornaban los dulces suspiros. Y esto continuaba, sucediéndose ambos extremos, variando cada vez la manera de expresarlos, pero conservando en el fondo la expresion del sentimiento único que los producía: la expresion del amor, de un amor apasionado, inmenso, profundo, vida de la vida, alma del alma.

Calló, por fin, la voz. El cantor dejó la guitarra; tomó los remos, y se alejó vogando mar adentro.

Mohamed y yo nos miramos.

—Es el canto del rifeño, dijo Mohamed.

Y con verdadero sentimiento nos separamos de aquel sitio.

Antes y despues de aquella noche he oido los cantos de muchos países; he escuchado en éxtasis las dulces armonías de los cantos gallegos y andaluces, de los escoceses y polacos, de los búlgaros y croatas, pero nada he escuchado comparable en originalidad y en expresion al canto del rifeño.

Entramos en Mostagan á las ocho de la noche.

Mostagan está construida sobre un peñasco que bordea una profunda torrentera tajada, cubierta de vegetacion, alegre y amenizada siempre con el dulce murmullo de una corriente de agua límpida que se divide y subdivide en pequeños regueros, charcas y depósitos. La torrentera, despues de seguir la curva del peñasco, se estrecha y acaba por desembocar en la playa marina, á un cuarto de legua de la ciudad.

Segun la tradicion, Mostagan fué fundada por los berberiscos y la primera piedra de la ciudadela se colocó por mano del Emir Susuf-ben-Taschefinn, en el siglo XIII. Esta ciudadela, hoy desmantelada, es el monumento más antiguo de la ciudad; sólo conserva un torreón truncado que domina los derruidos lienzos de muralla, y en el que anidan las cigüeñas, por lo cual el pueblo lo respeta con veneracion. Por la cresta del peñasco corre un muro almenado que sólo tiene una puerta que comunica con la ciudad y con un arrabal. Llámase la puerta *Bab-el-Djerad* (1) y termina en una plataforma artillada, sobre la que hasta hace poco se veía la escarpia de hierro destinada á sostener los cadáveres de los ajusticiados y las cabezas de los enemigos. Rodea el arrabal otro muro almenado y tiene una puerta defendida por un bastion de cantería, é inmediato á él, el cuerpo de guardia donde se cobraban las alcabalas. La ciudad es larga, triste y silenciosa; sus calles son ahogadas, estrechas, tortuosas, malsanas, y casi siempre están

(1) Puerta de los cigarrones.

llenas de escombros. Toda la vida de la poblacion refluye al arrabal, y allí está la plaza del mercado, centro del comercio, de la industria y del movimiento de Mostagan.

Al dia siguiente de nuestra llegada á la vieja ciudad berberisca, quiso la casualidad que Mohamed y yo formáramos parte de un peloton de árabes que salian á dar una batida á los jabalíes. Estos caballeros, demasiado aficionados á las habas, se entretenian en devastar un campo de ellas, perteneciente á uno de los cazadores. Era, pues, conveniente darles una leccion.

A la caida de la tarde llegamos al sitio de espera, y Mohamed y yo fuimos colocados en uno de los puestos por donde acostumbraban á aparecer los jabalíes. El plan de los cazadores era el siguiente: primero se haria una descarga general sobre los merodeadores, cuando estos llegaran á un punto determinado que era el centro adonde, como otros tantos ródios, debian llegar las balas de los árabes apostados. Inmediatamente se montaría en los caballos dispuestos al efecto, y á la luz de luna, se daría á los jabalíes que huyeran una batida general dentro de su habitual refugio, que era un pantano situado á corta distancia del campo de habas. Lo más agradable de la cacería debia ser la persecucion á caballo de los jabalíes que escapáran de la primera descarga.

Ya en su lugar todos los cazadores, sería media noche cuando apareció á sesenta pasos de nosotros un enorme jabalí. Avanzaba con precaucion, escuchaba, se detenía muchas veces y miraba con recelo á su

alrededor. Por fin, entró en el campo de habas.

La consigna era no hacer fuego á una sola pieza, pero Mohamed examinó el cebo de su carabina, se quitó las babuchas y avanzó un paso.

—¿Qué haces?, le dije; si tiras huirán los demás jabalíes.

—La manada está léjos aún, replicó: puedo matar éste, y los demás vendrán.

—Entónces, dispara.

—Desde aquí, no: debo ponerme á treinta pasos de la pieza, porque si el jabalí no muere en el acto y puede huir, dará la señal de alarma, y sus comensales no aparecerán en toda la noche.

—¿Y podrás llegar tan cerca del jabalí sin que te descubra?

—Sí, porque además de marchar con cuidado, ocultándome convenientemente, no andaré sino cuando el jabalí esté comiendo, porque entónces oye menos.

Y poniendo en práctica su idea, Mohamed, encogido y agazapándose detrás de los arbustos, avanzó hácia el jabalí; pero éste, casualmente, se alejó de Mohamed y comía las habas del extremo opuesto del campo, á muy corta distancia de los cazadores emboscados frente á mí; quienes, sea por no quebrantar la consigna, sea por no opinar como Mohamed, no dispararon.

Mohamed volvió á reunírseme, y despues de media hora llegó otro jabalí, otro luégo, y detrás dos. Los últimos pasaron á cuarenta pasos de nosotros.

—Tírales, dije á Mohamed.

—Están algo léjos.

—Pues acércate algunos pasos.

—Ahora no es tan posible: me descubrirían, y lo perderíamos todo.

—¿Por qué temes ahora que te descubran? ¿No ves que comen todos á la vez?

—Obsérvalos bien, y verás que te engañas; sólo comen cuatro á un tiempo; siempre hay uno de ellos que escucha.

En efecto, noté que de vez en cuando se relevaban, quedando siempre uno que no comía.

Los cinco jabalíes eran la vanguardia del ejército. Veinte minutos despues se reunieron en el campo de habas diez y siete merodeadores.

Era llegado el momento, porque, esparcidos acá y allá, casi todos los jabalíes estaban á tiro de los árabes.

Oyóse un pequeño silbido exactamente igual al de una serpiente de Berbería, y á esta seña, se hizo fuego. Seis piezas quedaron en el campo. Las demás huyeron con extraordinaria velocidad. Miéntras dos cazadores remataban á las víctimas moribundas, el resto de los árabes corrieron desalados en busca de sus corceles, y pocos instantes despues los jabalíes eran perseguidos con encarnizamiento. Sólo uno fué muerto ántes de llegar al pantano.

El pantano, seco por algunas partes, estaba cubierto de altas yerbas, que fueron incendiadas por los cazadores. Los fugitivos jabalíes, huyendo del fuego, venian á salir delante de los caballos; y si por único recurso se lanzaban á la llanura, era casi cierta su muerte.

Esta última parte del espectáculo causaba las delicias de los árabes, y probaban en ella su singular habilidad como jinetes y su incomparable maestría como tiradores.

De los diez y siete jabalíes, cayeron trece. El campo de las habas quedó libre por algun tiempo.



JUNTA DE ANDALUCIA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

CAPÍTULO VII.

Paseos por la Argelia.—Aiha.—Noticias de Marruecos.—Despedida de un amigo.—Solo.—El árabe y su caballo.

A orillas del Chelif, 14 de Mayo.

De uno á otro lado de la Argelia, visitando á Constantina, Medeah, Milianah, Bugia, Dellys (*Tedlex* de los árabes), y Setif (*Sitifis* de los romanos), he pasado el tiempo desde que salí de Mostagan hasta que he armado mi tienda á orillas del Chelif, río más importante de la Argelia, que nace en *Sebaun-Ayun* (siete fuentes), en la cordillera de Uanseris.

Y ¿por qué, se dirá, estando en un país dominado por europeos, no aprovechó Pedro Sousa tal circunstancia para sacudir el yugo africano?

Pedro Sousa hablará francamente: el yugo africano era ya bastante tolerable; y puesto que el bautismo moro no podia influir para nada en un cristiano corazon, ¿qué viajero desdeñaria el traje marroquí y el barniz árabe, cuando con ellos penetraba seguro en el corazon del Africa?

Callé, pues, y me conformé con mi nuevo estado.

Nada me interesaban las costumbres europeas, y por lo tanto, léjos de darme á conocer á los franceses, he permanecido entre ellos con la indiferencia del ára-

be, y ninguno sospecha que soy portugués y católico.

Después de todo ¿qué valen los franceses, qué vale Francia, qué vale Europa, qué vale cuanto he visto al otro lado del Estrecho si se compara con los ojos de Aiha?

¿En qué podré emplear el tiempo con más provecho para el ánimo, que en contemplar una y mil veces esos magníficos ojos rasgados, ligeramente velados, que ora son fuego, ora son nieve, que ya se adormecen, ya lanzan relámpagos, tan pronto desdeñosos, tan pronto sonrientes, pero siempre admirables y encantadores?

No es la mora encorvada y andrajosa que se ve por las calles de las poblaciones marroquíes, andando perezosamente con un niño á sus espaldas, sujeto por un lienzo, y con un colosal sombrero de palma, cuyas alas caen por detrás y por delante de la cabeza, llegando hasta la cintura. No es tampoco la hebrea africana, hermosa, radiante, magnífica, pero de alma miserable, de corazón frío, de mezquinos sentimientos que se adivinan á través de su hermosura. Es la mujer ideal, bella con la belleza del cuerpo y del espíritu, deslumbrante, tentadora, capaz de inspirar un amor satánico y capaz también de hacer la dicha de un corazón sensible y generoso: es la mora que nos describen los cuentos árabes; la mujer de que nos hablan los poetas mahometanos; una hurí del sétimo cielo; la vision de un sueño de ópio.

Cuando Mohamed y yo entramos en el *queitum* (1)

(1) Tienda redonda, encarnada, construida de tela tejida con pelo de camello.

del padre de Aiha, ésta dormitaba sobre un lecho de cojines de damasco. Su negro cabello caía en largas trenzas sobre el pañuelo de seda graciosamente anudado desde la garganta al tallé: un aro de plata dorada ceñía á su cintura la blanca túnica tejida por los fabricantes de Tugurt: y sus piés, que parecían ceder bajo el peso de las ajorcas de plata bruñida que los aprisionaban por encima de los tobillos, descansaban sobre una alfombra de Kalah.

Al vernos entrar, su primer movimiento fué cubrirse con el *taklilah* (1), pero su padre la indicó que éramos amigos, y Aiha dejó descubiertos sus encantos que (cosa rara en las moras) no estaban realizados por el jugo del Anah.

La impresion que me produjeron los encantos de Aiha, fué intensa, y de ella conservaré siempre un agradable recuerdo; pero no estoy en edad de enamorarme, soy demasiado filósofo y mi entusiasmo se limita á asegurar que nunca, en ningun otro lugar del mundo, he visto ni espero ver unos ojos tan admirables y tan seductores como los negros ojos de Aiha.

Hace cuatro dias me llamó Mohamed, y me dijo tristemente:

—Amigo, voy á dejarte. He recibido tristes noticias de mi patria. A pesar de haberse proclamado el *djead* (2), á pesar de las bravas tribus del Riff que han caido sobre ejército español, éste ha triunfado y

(1) Velo que usan las moras, parecido á la mantilla española.

(2) La guerra santa.

hemos tenido que pedir la paz. Pero los cristianos han ocupado mi casa, han destruido mis huertos y tengo que volver á Tetuan. Ya no me necesitas, puedes viajar sin peligro, eres dueño de tu voluntad. Adios. Si el cielo quiere que nos encontremos otra vez, el amigo hallará tambien al amigo.

Las razones que obligaban á Mohamed á separarse de mí, eran harto poderosas para oponerlas objecion. Callé y me despedí del moro con verdadero sentimiento, porque su carácter, su generosidad y su cariño, me habian interesado bastante.

Dejóme Mohamed un puñado de oro, armas, ropas, y una humilde tienda de campaña que he levantado á orillas del Chelif.

Héme, pues, solo. Solo para arrostrar todos los peligros, para sufrir todas las penalidades que me amenazan en mi excursion á las ignotas regiones africanas.

¿Llegaré ó no llegaré á satisfacer mis deseos?

¿Volveré ó no volveré á pisar tierra de mi patria?

He aquí el problema del viajero. Un hombre dotado de más ó ménos corazon, de más ó ménos osadía, pero siempre de mucha curiosidad, se lanza á explorar un país lejano, solitario y desconocido. ¿Qué es el viajero en medio de las inmensas llanuras, de las colosales montañas, de los anchurosos mares? Nada; un grano de arena que á cada instante puede ser envuelto y arrebatado por el huracan, por la nieve, ó por las olas. Y sin embargo, el viajero no se asusta de su pequeñez; no se preocupa de su debilidad; sufre, resiste, y marcha adelante. ¿Llegará ó no llegará? ¿Volverá ó no volverá? No hay que pensar

en ello: sólo hay que encomendarse á la misericordia de Dios.

He aquí un espectáculo que, aunque ya no es nuevo para mí, me hace olvidar completamente todas mis ideas poco agradables.

En este momento pasan á treinta pasos de mi tienda tres árabes, jinetes en rápidos caballos. El primero lleva sus armas; el segundo lleva su mujer; el tercero lleva tan sólo su caballo.

Ya han pasado. Aparecer á lo lejos, pasar, y desaparecer, todo ha sido obra de pocos segundos.

El tipo de la raza árabe es bello y majestuoso: cuerpo robusto y bien proporcionado; rostro oval, poco lleno y de mucho relieve; frente alta; ojos negros; nariz fieramente encervada; boca pequeña y desdenosa; barba oscura y poblada, que termina en punta.

El árabe, como todos los africanos, ama la guerra sobre todo: despues ama la mujer, el fausto y la poesía.

Los tesoros del árabe son tres: la esposa, el caballo y las armas.

Si á un árabe se le pusiera en la alternativa de tener que desprenderse de uno de sus objetos más queridos, daría primero su mujer; despues sus armas; lo último, su caballo.

¿Qué es hoy el caballo árabe?

¿Es aquel gallardo bruto de piernas y brazos finísimos, descarnados y limpios, de ojos de fuego, de anchas narices abiertas y trémulas que expelian con fuerza el aire contenido en los robustos pulmones, de pequeñas orejas, inquietas y puntiagudas, de

crines blancas y sedosas que caían hasta el pretal, y de cola ondulante, que arrastraba por el suelo?

¿Es aquel orgulloso potro que se estremecía de vanidad bajo la mantilla bordada de hilillo de plata, la silla turca de rojo tafíete cuajado de arabescos, la brida de anteojeras de seda verde con laminillas de plata, medias lunas de oro y cadenas del mismo metal?

No: es tan sólo aquel caballo ágil, dócil, infatigable, sóbrio, pero que debajo de una silla raquílica y de un viejo amuleto (1) esconde un armazón de huesos, una crin miserable y un pelo tosco y súcio.

Sin embargo, este es el caballo que acude á la voz de su amo, que le comprende, que se arrodilla, que marca el paso, que camina con el aire que se le ordena, y que con sus cerradas herraduras ó sin ellas, sube, corre y escarcea por donde sólo andarían las cabras.

Sobre este caballo, el jinete árabe, sin estribo, sin freno, sin espuela, devora las distancias con la rapidez del huracán, pára en firme, atraviesa montañas y pedregales, y dispone de sus dos manos para herir al enemigo, cargar y disparar la espingarda.

Este caballo le hace escapar á la más activa persecución; burla los golpes que le asesta un adversario, y en fin, le salva la vida en cada combate.

Por esto el jinete árabe, daría su mujer y sus armas ántes que su caballo.

(1) Los árabes cuelgan del cuello de sus caballos unas bolsitas que contienen amuletos con versículos del Korán.

CAPITULO VIII.

Una boda en Cherdhell.—La pólvora.—La rhabba.— Los ghellabs.— La bayadera.— Entierro de un moro.

Cherdhell, 5 de Junio.

He tenido ocasion de asistir á dos espectáculos nuevos para mí, y bastante diferentes: una boda mahometana y el entierro de un moro.

El matrimonio entre los mahometanos es un negocio en que no toma parte el corazon. Hasta el dia de la boda no se ven los esposos, y puede decirse que su enlace es una jugada de lotería en la que ninguno sabe si conseguirá el premio ambicionado. Verdad es que el derecho de repudiar quita al matrimonio mahometano toda su parte grave y peligrosa, pero esta ventaja sólo redunda en provecho del marido.

La novia va acompañada hasta la casa del *kadi* ó hasta el domicilio conyugal, por una cabalgata guerrera que hace *hablar á la pólvora* con profusion. Despues se ejecuta una *fantasia á pié*: los árabes, vestidos con sus mejores trajes, se adelantan danzando hácia las mujeres sentadas en una larga fila, cuyo centro ocupa la recién casada. Llegados delante de ésta, disparan sus fusiles retirándose para cargar; y vuelven á repetir la maniobra dos ó tres veces

Durante este tiempo, las mujeres lanzan un grito penetrante sostenido con una fuerza de aliento increíble, que algunas veces dura un minuto y que se termina con un descenso á la octava, tan brusco como imprevisto y simultáneo.

Sigue la *rhabba*, lucha cuerpo á cuerpo, en la que dos atletas despliegan una fuerza, una destreza y una agilidad maravillosa, terminándose el ejercicio con otra salva, porque en todas las fiestas moras corresponde á la pólvora el principal papel.

Luego aparecen los *ghellabs*, bailarines asalariados, cuya danza es bastante sencilla y rudimental. Finalmente, despues de la comida, que efectuan los hombres juntos en un lado, y las mujeres en otro, se presentan las bayaderas, pero sólo ante los hombres.

La danza de las bayaderas árabes tiene mucho de la vigorosa y provocadora lascivia del bolero español, y algo de la mística pantomima india.

Con los cabellos esparcidos en largas trenzas, la mirada ardiente, la boca entreabierta y las mejillas inflamadas, la bayadera gira lentamente sobre sí misma: su cabeza, inclinada hácia atrás, permanece fija y como abismada en un sueño celeste, mientras que el cuerpo es presa de un estremecimiento nervioso y continuo. De sus lábios se escapan con esfuerzo cantos entrecortados y caprichosos, imposibles de traducir.

Tres ó cuatro músicos, teniendo el primero un violín de dos cuerdas colocado verticalmente como un *violoncello*; el segundo, una bandolina, que rasca con el extremo de la uña; el tercero, un puchero tapado con un pergamino, sobre el cual toca con el

reverso de la mano; y el cuarto, unas enormes castañuelas, repiten invariablemente la única frase melódica que compone su repertorio. Es una especie de trémolo cortado, sin ninguna transición del *forte* al *piano*, y cuyo movimiento rápido es tan poco armónico como poco posible con la medida del canto.

Al cabo de algun tiempo, parece que el delirio sensual, tan enérgica y sencillamente expresado por la bayadera, se apodera de todos los concurrentes. Unos permanecen en éxtasis; otros rien, cantan y beben su infusión de café negro; y algunos saborean el alcohol con pimienta, que es el néctar sublime que hace las delicias de los mahometanos licenciosos.

De repente uno de los espectadores se levanta lleno de entusiasmo, saca una docena de monedas, y aproximándose á la bailarina, se las coloca una á una sobre la frente, las mejillas, la barba y los labios, mientras la bayadera, continuando su ejercicio, parece cada vez más enagenada, más jadeante, á medida que aumenta el número y el valor de las monedas. Lo sublime del oficio consiste en retenerlas todas adheridas al sitio en que han sido colocadas, sin interrumpir un sólo instante los movimientos de la danza.

Después de algunos minutos, la bailarina levanta la cabeza y hace caer el fruto de su trabajo en un lienzo que sostiene con las manos á la altura de los hombros. Continúa su ejercicio y lo prolonga hasta que cae desfallecida en medio de las aclamaciones de la asamblea.

Otra ocupa su lugar, y el espectáculo sigue.

en igual forma hasta los primeros albores de la mañana.

La reunion de las mujeres se resigna á escuchar la música desde algun sitio cercano al en que se verifica el baile.

A esto se reducen las fiestas de la boda. Veamos la ceremonia del entierro.

Si la grande obra de la vida debe ser la preparacion para la muerte, no hay en el mundo hombre que realice esta austera condicion con más acierto que el mahometano: ve aproximarse su fin con la mayor tranquilidad, con el estoicismo más admirable; cuando le faltan las fuerzas, cae tendido en el suelo, se recomienda á la proteccion del Profeta, y vuelta la cara al Oriente, lanza el último suspiro y abandona la vida sin ser despojado de sus ropas.

Ninguna disposicion testamentaria que hacer; ningun deber religioso que cumplir vienen á turbar su agonía en el momento supremo. Muere sin pensar en la muerte. El *marabout* (1) es el que preside las exequias por su calidad de *tebib* (2).

Hay mucho de grandeza y de sencillez en los fu-

(1) *Marabout* ó *morabito*, santo hombre que desentendiéndose de los intereses terrenales, forma con Dios el compromiso de nó vivir más que para él. Posee privilegios de todos géneros; tiene grande influencia sobre los fieles; su palabra se escucha como un oráculo, y dotado por Mahoma de la facultad de hacer milagros, vende á buen precio multitud de amuletos para conseguir todas las cosas buenas y defenderse de todas las malas. Es, en fin, un hombre poderoso y temible, gracias al fanatismo y á la preocupacion.

(2) Médico temporal y espiritual.